

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN EXTREMADURA

EFEMÉRIDES DE MAYO

1808

SUBLEVACIÓN DE BADAJOZ



EN Badajoz, apenas se supieron los importantes sucesos del 2 de Mayo en Madrid (1), cuando el pueblo, en unión de la tropa española de su guarnición, alzó el grito y manifestó sus justos deseos de vengar tantos ultrajes é infamias. Los Generales y las principales autoridades se reunieron en Consejo, y resolvieron que las tropas estuviesen prontas para acudir, si fuese necesario, al socorro de la metrópoli; y al mismo tiempo enviaron á Lisboa al segundo Teniente de Reales Guardias Walonas, Ayudante del Marqués de Coupigni, D. Federico Moreti, para que enterando de todo al General Garrafa, concertase con éste el medio de salvar las tropas españolas que había aun en Portugal.

Estas disposiciones calmaron por de pronto la fermentación, que con tanta violencia se había manifestado; pero no lograron extinguirla; y el pueblo, indignado por la iniquidad de los franceses, solo deseaba una ocasión para declararse contra ellos heroicamente. El 30 de Mayo, con motivo de ser dias del desgraciado Fernando, quiso el vecindario de Badajoz celebrarlos, según costumbre, con salvas de artillería; más habiéndose opuesto á ello el Gobernador Mariscal de Campo Conde de Torrefresno, se exasperaron los ánimos de los habitantes y de la guarnición, se atropellaron las órdenes del Gobernador, y á su pesar se ejecutó la correspondiente salva, siendo una mujer la primera que al-

(1) 4 de Mayo de 1808.

zando el grito de *Viva el Rey*, cargó y disparó el primer cañonazo. Éxaltados ya entonces los espíritus, rota la barrera del respeto, y mirado ya el Jefe militar como sospechoso, se armaron contra él los brazos del pueblo y de los soldados de la guarnición; y notando en sus acciones un proceder poco conforme á la lealtad española, perdida completamente la subordinación, se le acometió en tumulto, y su vida fué el sacrificio que el pueblo de Badajoz hizo para declararse abiertamente en favor de la independencia nacional y contra la opresión que le amenazaba.

Al momento fué elegido por aclamación del mismo pueblo, para suceder al infeliz Torrefresno, el Brigadier jefe de la escuela de artillería D. José Galluzo, que admitiendo el mando, inmediatamente hizo montar la artillería en todos los baluartes, y dió cuantas disposiciones eran necesarias para poner la plaza en estado de rechazar cualquier ataque que pudiesen intentar las fuerzas francesas que ocupaban la provincia portuguesa del Alentejo, y las que guarnecían á Yelves, cuyo total, á las órdenes del General Kellerman, ascendía á 10.000 hombres.

Galluzo, á quien el pueblo nombró Teniente general, instaló una Junta provincial de gobierno, denominada superior de Extremadura, y concedió un grado (y á algunos dos) sobre los que ya tenían, á todos los individuos militares residentes entonces en Badajoz. La Junta empezó á ejercer sus funciones convocando Diputados de todos los partidos de la provincia; circuló patrióticas proclamas, y practicó todas las diligencias necesarias para asegurar el éxito de la gloriosa empresa que había principiado. Convidó á todos los extranjeros para que se incorporasen en las banderas al servicio de España, y tomó al mismo tiempo cuantas precauciones le dictó su celo para cortar toda comunicación con Portugal, á fin de ocultar al enemigo el estado de aquella provincia y los preparativos, dedicando á la vez particularmente su atención y actividad á la organización de un ejército considerable.

1809

DERROTA DE ALCÁNTARA

Y DESTRUCCION DEL PUENTE ROMANO.—ACCIONES DE ALJUCEN Y MIRANDILLA

El Mariscal Victor, contenido por la presencia del ejército de Cuesta, después de la batalla de Medellin, se situó en los pueblos de la tie-

rra de Barros, que están á la izquierda del Guadiana, donde permaneció mes y medio sin conseguir ventaja alguna decisiva, y sin más que tener que sostener diariamente escaramuzas con la vanguardia española, que se hallaba situada en Medina de las Torres. El 14 de Mayo Victor hizo atacar con una columna de 12.000 hombres y 12 piezas de artillería el punto de Alcántara, donde se hallaba el Coronel Maine con la Legión leal Lusitana, un regimiento de milicias portuguesas, 6 piezas de artillería y 50 caballos; en todo 1.800 hombres de todas armas. Los portugueses defendieron el puente de esta ciudad con la mayor obstinación, y después de un ataque de seis horas, vencidos por el número tuvieron que retirarse, conduciendo su artillería hacia Rosmanihal con alguna pérdida, perseguidos por un grueso cuerpo de caballería francesa. Este destacó algunas partidas á Portugal; pero Victor, que se hallaba flanqueado en su izquierda por el ejército de Cuesta, tuvo que mandar retrogradar sus tropas.

El General Cuesta había recibido orden expresa de la Junta central para no intentar operación alguna importante, hasta que el ejército inglés se le reuniese; lo que había indicado Wellesley se verificaría tan pronto como lograrse lanzar á los franceses del Portugal.

En tal estado permaneció el ejército español durante el último tercio de Mayo y la mitad de Junio, sin ocurrir otra cosa digna de referirse, sino que hallándose el Brigadier Zayas en Calamonte en observación de los pasos del Guadiana, se propuso sorprender los pueblos de Aljucen y Mirandilla, el primero ocupado por 400 caballos enemigos, y el segundo por 600. Para esta operación destinó 800 caballos españoles, que maniobraron toda la noche para colocarse oportunamente á espaldas de las posiciones enemigas y ocultar su movimiento; y en efecto, á las ocho de la mañana del primero de Junio, se logró sorprender y destruir el cuerpo enemigo de Aljucen, y se hubiera verificado lo mismo con el de Mirandilla, si no se hubiese marchado casualmente de aquel punto.

1811

BATALLA DE ALBUERA

Y SITIO DE LA PLAZA DE BADAJOZ POR EL EJÉRCITO ANGLO-ESPAÑOL

Ya en aquella sazón el Lord Wellington, para dar á los españoles una prueba de la franqueza con que los ingleses y portugueses cooperaban á la libertad de la Península, había dispuesto que siempre que las

tropas de las tres naciones maniobrasen juntas, el Oficial de más graduación tomase el mando general. A Castaños tocaba desde luego ponerse á la cabeza de este ejército combinado; pero por un efecto de aquella modestia que ha distinguido siempre la conducta de este benemérito español, lo rehusó, manifestando que la verdadera fuerza y no el rango nominal debían obtener el mando superior, como más interesado en las pérdidas; y que siendo los españoles el cuerpo menos numeroso debían considerarse en esta ocasión como simples auxiliares. Quedaron todos satisfechos con tan sábia y juiciosa reflexión, y habiendo por consecuencia recaído el mando en el General inglés Beresford, que tenía más fuerzas, marcharon á ocupar las posiciones convenidas sobre el pueblo de la Albuera, punto elegido para presentar la batalla. La pequeña aldea de este nombre, de que solo quedan las paredes, se halla situada en el camino real de Sevilla á Badajoz, cuatro leguas distante de esta plaza, tres de Olivenza, dos de Valverde de Leganés, nueve de Mérida, y tres de Santa Marta, pueblos todos sobre el mismo camino real. Por la orilla de la Albuera pasa un riachuelo, sobre el que hay un puente, formado por la unión del Nogales y del arroyo de Chicapierna, que se efectúa á distancia de unas 40 varas más arriba del puente. El terreno por las dos orillas es llano y despejado con suaves declives, y en la de la derecha hay un carrascal, por el medio del cual pasa el camino real de Santa Marta, sin descubrirse hasta corta distancia, hallándose el bosque más próximo á la población por la parte del S., que fué por donde los enemigos dirigieron su principal ataque. El día 16 se halló todo el ejército combinado en posición casi paralela al arroyo de la Albuera. Las tropas españolas formaban el ala derecha en dos líneas á las órdenes del General Blacke, que tenía á sus órdenes á los Generales Zayas, Lardizabal, Ballesteros y Conde de Penne, que mandaba la caballería española; la división inglesa del General Swart el centro, y la portuguesa del General Hamiltón la izquierda. Otra división inglesa y una brigada portuguesa, á las órdenes del General Colle, formaban una segunda línea detras del centro. El pueblo de Albuera se hallaba ocupado por una brigada de infantería ligera á las órdenes del General Alten. La caballería, mandada por el General Lumlei, se situó para cubrir el flanco derecho de los españoles, componiendo el ejército aliado un total de 27.000 infantes, 2.000 caballos y 36 piezas de artillería, de los cuales 14.000 solo eran españoles. Cerca de las ocho de la mañana del 16 se presentaron los franceses saliendo del bosque, y dirigiendo su marcha sobre la Albuera, figurando un ataque contra el centro de la línea, y cargando la mayor parte de sus

fuerzas contra la derecha, con el objeto, al parecer, de envolverla y tomarla la espalda. Los Generales aliados conocieron bien pronto la intención del enemigo, y dispusieron la ejecución de un cambio general de frente. Esta operación complicada se verificó con tal exactitud y oportunidad, que cuando las columnas francesas conversaron para envolver lo que suponían flanco del ejército aliado, se encontraron con nuevas líneas de batalla. Atacaron no obstante con el mayor arrojo á los españoles, que se sostuvieron con firmeza, y rechazaron al enemigo hasta sus primeras reservas. A este tiempo ya habían entrado en la nueva formación todas las tropas aliadas. Los franceses renovaron con el mayor vigor los ataques, y la artillería de una y otra parte, colocada á muy corta distancia, hacia un vivo y mortífero fuego. La caballería sobre las alas se respetaba y observaba mutuamente, cuando unos 40 lanceros polacos penetran tenerariamente á escape entre la primera y segunda línea de los aliados, que sin perder su firmeza y serenidad los reciben. Algunos de ellos caen muertos, y penetrando los que sobreviven más adelante, al verlos la segunda línea de los aliados, cree rota la primera, rompe el fuego sobre ella y sobre los polacos hacia el lado en que se hallaba el General Blacke con el cuerpo español expedicionario; pero lo suspenden inmediatamente. Algunos soldados de la segunda línea hacen fuego sobre los polacos que continuaban avanzando, los que bien pronto quedaron tendidos en el campo, y prisionero el oficial que los mandaba.

Esta escena fué momentánea, y no influyó en nada en el orden y en el vivo fuego que se hacía contra el ataque que los enemigos renovaron con más fuerza.

Uno de aquellos lanceros cargó al Mariscal Beresford, quien luchando con él le derribó del caballo, y fué muerto por un dragón de ordenanza del General.

El General Stvart recibió dos balazos, y el Brigadier España fué herido de un bote de lanza, sin querer uno ni otro retirarse de la refriega, y el General Colle recibió una contusión.

Una copiosa lluvia, acompañada de un viento fuerte, vino á aumentar la importancia de este imponente cuadro. El fuego seguía por varios puntos, y aproximándose cada vez más los franceses, se generaliza el de fusilería, y el ejército aliado se sostiene con el mayor denuesto. Esta sangrienta lucha permanece aún indecisa por más de dos horas; pero al fin la victoria coronó los esfuerzos del ejército aliado, que si bien tenía alguna superioridad numérica en la infantería, era muy inferior en la caballería y artillería. El enemigo abandonó al fin el

campo de batalla, y la acción cesó á las tres de la tarde. Su pérdida no bajó de 7.000 hombres, entre ellos el General Werle, que quedó tendido en el campo de batalla, el General Pepin, que murió por la noche, el de brigada Marransín, que fué gravemente herido, y murió al día siguiente: el jefe de Estado Mayor Gazán, y el General Gravet, también heridos, con gran pérdida de otros oficiales de todas clases. Los ingleses y portugueses tuvieron 1.000 muertos, 3.000 heridos y 570 prisioneros, y los españoles 2.000 entre muertos y heridos.

El Mariscal Soult para demostrar á los ojos de la Europa que no había perdido esta batalla, y con el objeto de oscurecer la verdad, permaneció un día entero detrás de la Albuera, á media legua del campo en que se dió, sembrado de muertos de su ejército, que temblaba por momentos el verse perseguido y derrotado completamente. El Mariscal que había emprendido su marcha desde Sevilla para reforzar á Badajoz, volvió á tomar el camino de la primera ciudad sin haber logrado su objeto, protegido en su retirada por su numerosa caballería. La española siguió el alcance del enemigo, haciéndole algunos prisioneros é incomodándole con el fuego de las guerrillas. La división de Lardizabal marchaba también en su seguimiento, tomando posición en el bosque, camino de Santa Marta, en cuyas inmediaciones se situó el vivac en la mañana del 19.

El General británico Lumley con un cuerpo de caballería inglesa y portuguesa, y la brigada española del mando del Brigadier Loy, desalojó el 24 de la villa de Usagre á la retaguardia del ejército de Soult; pero el 25, habiendo retrocedido toda su caballería, compuesta de 13 regimientos con 6 piezas de artillería, fuerza infinitamente superior á la de los aliados, atacaron á estos, que los esperaron, y con su firmeza, buenas disposiciones, acertadas maniobras y con la bizarra carga de un regimiento británico, rechazaron á los franceses que perdieron en la refriega 78 prisioneros, muchos muertos y heridos, al paso que la de las tropas combinadas fué incomparablemente menor.

Tal fué el glorioso resultado de la célebre batalla de la Albuera, en que españoles, ingleses y portugueses, todos rivalizaron en valor, y todos pasaron los límites de sus deberes. En tan memorable y sangrienta acción se dieron individual y colectivamente pruebas cual nunca, de valor y disciplina, viéndose tendidas por la tierra en el mismo orden que habían combatido filas enteras, y no se sabe cual fué superior, si las disposiciones de Beresford, la cooperación de Blacke, la noble moderación de Castaños, la intrépida vehemencia de Soult ó el ardor de las tropas que atacaron y se defendieron.

La Regencia española, para premiar el sobresaliente mérito de Beresford, y deseando recompensarle de algún modo, le concedió el grado de Capitán General de los reales ejércitos, y al General Castaños la gran Cruz de Carlos III.

El Rey en 1.º de Marzo de 1815 instituyó una Cruz en premio de esta gloriosa batalla, la que es de la figura de una aspa coronada de laurel con un óvalo en campo blanco, en el que se lee el nombre de «Fernando VII», y en círculo con letras doradas «Albuera», pendiente de cinta carmesí con un filete negro y otro azul.

El sitio de Badajoz, suspendido momentáneamente por la aproximación de Soult, se emprendió de nuevo con el mayor vigor. Lord Wellington, que en aquella época se hallaba en el Alentejo, hizo que viniese á reforzar á los vencedores de la Albuera desde la derecha del Tajo un cuerpo de su ejército.

El 27 de Mayo la división del General Houston por la derecha del Guadiana, y las de los Generales Picton y Hamílton por la izquierda, embistieron completamente á Badajoz.

(Historia militar y política de la Guerra de la Independencia, por D. José Muñoz Maldonado.)



AFFECTOS DE UN CORAZÓN CONTRITO

(DE BOCAGE)

¡Oh, Rey de reyes! oh, Arbitro del mundo,
cuya potente mano el mal fulmina
y á cuya voz terrífica y divina
Luzbel retiembla desde el caos profundo!

Las manchas lava del pecado inmundo
que al alma enferma, ciega y contamina,
y tu faz hacia mí piadoso inclina
desde tu empíreo, espléndido y rotundo.

Extiende el brazo á lágrimas propicio,
y apaga el fuego horrible en que me quemo,
al borde ya, Señor, del precipicio.

Librame de mí mismo ¡oh, Dios supremo!
porque mi corazón, propenso al vicio,
es, Señor, el contrario, á que más temo.

RAMÓN BLÁZQUEZ DE CÁCERES.

LOS CASTAÑARES DE LA CIUDAD Y TIERRA DE PLASENCIA

Sr. D. Daniel Berjano, Director de la REVISTA DE EXTREMADURA



Mi distinguido amigo: Ahora que en las altas regiones de la administración española se trata de la repoblación forestal, creo sea oportuna la publicación de las doce preguntas que hicieron á D. Luís Pablo Merino de Vargas, natural de Cabezuela y vecino de Plasencia, y las respuestas que dió, referentes á los castaños y castañares del Valle y Vera de Plasencia, en 15 de Abril de 1799, motivadas por una información que entonces, como en nuestros tiempos, se hicieron más útiles para las fábricas de papel y comerciantes de papeles viejos, que para el fomento y mejora de la agricultura, la industria y alivio de la miseria de los obreros. Era Vargas hidalgo de sangre, de color azul de cielo con nubes, sin gran cultura, pero dotado como muchos extremeños de cerebro, que en la obscuridad de los rincones de sus pueblos son lumbres de sus vecinos, como lo son hoy día Bernabé Rubio, en Hervás, para la industria, y Severiano Maxides en Aldeanueva, para la agricultura, cuyos procedimientos hidráulicos nos enseñan que no hay necesidad de los costosísimos de Gassét para aprovechar todas las aguas de la seca Extremadura; siempre que haya económicos transportes, mercados y consumo de todo lo que con la poquita agua que tenemos en nuestro país podamos producir, aprovechándola y estancándola por el sistema económico que Maxides lo hace, sin que haya ido á Egipto á estudiarle.

La información de Vargas, escrita en términos vulgares, es tan clara y tan práctica para el fomento de los castañares, como el sistema hidráulico de Maxides para la agricultura en Extremadura.

La exposición que hace Vargas de la enfermedad antigua que pa-

decen los castaños en esta región, está reclamando á voces que Rivas Mateos, colaborador de nuestra Revista, la reproduzca en términos técnicos, para que, cuando en Francia la padezcan los castaños, y el Gobierno de aquélla República ofrezca un premio de cien mil francos al que descubra el remedio, y ofrezcan nuestros gobernantes en España cien mil pesetas al que descubra el modo de curarlos, pueda ponerse en obra la curativa; pues aquí todos nuestros males son llevaderos mientras otros iguales no aflijan á nuestros vecinos los franceses; cuando allá se abre una información, aquí se hace otra sobre lo mismo. ¿Quién no recuerda la que se hizo el año 1888 sobre la crisis agrícola? ¿quién no tiene en su memoria las posteriores, y sobre todas la muy graciosa hecha por la prensa periódica respecto á los obreros? De esta, resultó: que si aun obrero le daban dos pesetas, tres, cuatro, cinco ó seis de jornal, le hacían la cuenta los periodistas, incluyendo en ella hasta la sal y cominos, y resultaba que ya ganasen dos, tres, cuatro, cinco ó seis pesetas de jornal, en ningún caso de estos eran suficientes para alimentarles.

Sucede en esto de las informaciones que se hacen en España, lo que decía el sabio médico Letamendi de aquélla que se hizo respecto á la clasificación de una bestia rara que encontraron en el campo muy bien mantenida y lustrosa, la cual mientras los sabios estuvieron discutiendo si era carnícora, hervívora y qué alimento le convendría, no la dieron de comer y se murió de hambre.

También está sucediendo que yo me proponía escribir una corta carta y resulta muy larga para encabezar este artículo, que por sí es más extenso que lo que conviene á la REVISTA.

Mande á su afectísimo amigo.

VICENTE PAREDES.

Plasencia 15 de Mayo de 1908.

«Los castañares de la ciudad y tierra de Plasencia, por D. Luis Pablo Merino de Vargas.

INFORMACIÓN DE 15 DE ABRIL DE 1799.

Si mis luces é instrucción fueren iguales al deseo que me asiste de ser útil á la sociedad, no hay duda satisfaría completamente las preguntas que se me hacen sobre el arbolado de castaños, sus diferencias, fruto, utilidad, cultivo y demás que se desea saber; pero siendo muy

limitadas y poco científicas, me ceñiré á responder lo que he observado, notado y visto ejecutar, tanto residiendo en la villa de Cabezuela durante mi juventud, cuanto en las diferentes ocasiones que he ido á ella en los 39 años que resido en esta ciudad, la cual es uno de los pueblos del valle de Plasencia en que abundaba mucho este género de arbolado, muy escaso en el dia por la general epidemia ó enfermedad que en estos árboles se experimenta en dicho valle, desde los años de 1730 poco más ó menos.

Primera pregunta.—Cuántas especies de castaños se conocen, su diferencia en fruto, madera y cultivo.

Respuesta.—Dos son las que se conocen; unos Regoldos, ó como vulgarmente los llaman Reboldos, y otros injertos, á los que llaman enjertos. Aquéilos los subdividen en comunes y sin nombre particular y en enjerteros. Estos también en comunes y en tagarnizos.

Los Regoldos son los mayores, síguense los injerteros ó mestizos, después los injertos comunes y últimamente los tagarnizos, que son los más pequeños.

La hoja del Regoldo es un poquito más ancha, más corta, más plana y menos puntiaguda que la del injerto, que se acanala algo; unas y otras son dentadas con puntas sutiles en los dientes, que no punzan.

La flor del castaño es la candela, de color amarillo, de cerca de una cuarta de larga, vestida de florecitas que estando abiertas es algo más gruesa la del regoldo que la del injerto, pero que creo tiene más estambres y más largor. Es flor utilísima para las avejas, porque sacan de ella mucha cera y miel; aquélla excelente y que se emblanquece con facilidad; ésta no es tan buena al gusto ajeno; pero para las avejas es tal, que con igual y acaso con menor provisión pasan mejor el invierno que con la recogida de otras flores; la del injerto es muy poco útil para ellas.

De las muchas flores de la candela solo quedan uno, dos ó cuando más hasta seis erizos de las más inmediatas al nacimiento de ella, y son muchas en las que no queda ninguno. Cada uno contiene tres castañas ó tres cáscaras, en cada una de las cuales se puede criar una castaña y en efecto se cria en años abundantes en árboles feraces (que llaman legítimos) situados en buen terreno, no quiero decir que todos tengan tres castañas, sino la mayor parte de ellos y que los restantes tengan dos ó una. En fin, se espera buena cosecha del árbol, que partiendo uno de sus más delgados erizos, se le halla al menos una castaña. Los Regoldos suelen tener mayor porción de ellos sin fruto al-

guno. La posición de las castañas en el erizo es en línea recta, excepto alguno otro que suele contener desde cuatro hasta diez ó doce, las cuales están sin orden y entre ellas siempre hay alguna ó algunas con solo la cáscara á que llaman machorras ó cucharetas. Tampoco se advierte orden en cuanto al sitio de las castañas que granan, porque en los erizos que solo contienen dos, unas veces granan las de los costados, otras las dos seguidas, y esto mismo se ve en los que solo contienen una que á veces es la del costado y á veces la de enmedio.

Todo género de castañas antes de adquirir la cáscara exterior, su color natural á que llaman estar curadas, lo tienen blanco verdoso. La interior en los Regoldos es blanca, con algún viso encarnado y pardo y más gruesa que la de los injertos, que es solo blanca sin mezcla y más delgada; unas y otras son muy tiernas y gustosas en este estado, quitándolas dicha cáscara interior, que al crecer la castaña queda introducida en las regoldas de modo que es dificultoso quitársela á menos que se la haga pedazos.

El erizo ó bolsa que las contiene, está en lo exterior guarnecida de espinas agudas y punzantes, del largo de tres ó cuatro líneas que salen de pedículos de seis ú ocho espinas cada uno. Su color es verde, excepto el vértice por donde sale un hilo sutil de cada castaña que fuera se subdivide en tres como espinas que no punzan, que tira á amarillo.

Luego que está sazonado el fruto, que regularmente principia á mediados de Octubre, se van abriendo naturalmente los erizos según la línea de sus tres castañas, ó según la perpendicular á ella y algunos según ambas, si el tiempo se pone húmedo ó llueve se van abriendo cada vez más y más.

La castaña se despega por su nacimiento ó asiento, y cae al suelo antes que el erizo, que lo hace algunos días después; pero si el tiempo se mantiene seco, no acaban de abrir y se caen con el fruto dentro, especialmente si soplan vientos fuertes ó se recurre para que caiga uno y otro á remecer las ramas y golpearlas con varas largas y recoger así el fruto, lo cual y sacarle del erizo, aumenta considerablemente la costa de la recolección. La castaña regolda tiene sobre el germen mayor porción de aquel vello ó pelusilla cenicienta que tiene la ingerta, ésta es más uniforme en la figura y en el color que aquélla y varía algo desde el más obscuro al más claro de su color natural, y además no tienen la altura desde su asiento hasta el germen proporcionada á su anchura de un costado ú otro especialmente las más gruesas.

Los Regoldos unos dan el fruto grueso y otros delgado; unos son contínuos y dan mucho, otros no lo son y dan poco y otros ninguno,

unos se sazonan á primeros de Octubre y otros á mediados de Noviembre, por lo cual los llaman sanmartinegos.

Los injerteros ó mestizos son verdaderamente regoldos, sólo se diferencian en que el fruto es más parecido al de los injertos en figura y color; me inclino á creer procedan de semilla injerta.

El fruto de los injertos comunes es bien conocido de todos para hacer descripción de él; sólo se diferencia del de los tagarnizos en que éstos le dan algo más grueso y el de unos y otros es más uniforme en figura, color y sabor.

Hace muchos años que no ingieren, á no ser por descuido, de los tagarnizos, solo por hacerse árboles pequeños y así en el día será muy raro hallar alguno por haberse perdido todos ó casi todos los árboles de los heredamientos antiguos, que era donde se hallaban muy estimados en otros tiempos por su hermoso fruto, que conducían á Valladolid cuando estaba allí la corte, donde hallaban producto y buen despacho, según oí á un sacerdote curioso y veraz, que había nacido en el año de 1686, y aunque á la verdad no pudo alcanzar aquellos tiempos, pudo muy bien haberlo oído á sus mayores y aun haber alcanzado la fama que había quedado del aprecio que de este fruto se hacía en aquel pueblo; en fin, refiero la especie según la oí.

La madera de los regoldos es pesada, fuerte y casi incorruptible, tanto en lo cubierto como debajo del agua; á la inclemencia dura más que la de pino, roble y otras muchas. La del injerto se diferencia poco á la vista, es más ligera y menos firme, se hacía poquísimo uso de ella, sólo en estos últimos tiempos aprovechan alguna de los secos por la enfermedad á falta de la primera. Una y otra es poco tersa y lustrosa, tiene la hebra encontrada en muchos sitios, especialmente en los nudos, levanta astilla con facilidad al labrarla y con la misma quebraban los ramos delgados, especialmente los de los tagarnizos, por lo cual el viento suele quebrar muchos, y más cuando están cargados de fruto.

Para criarse un castaño de semilla y principiar á dar fruto, juzgo son necesarios veinte ó más años; se entiende de los que nacen y se crian en los montes sin cultivo ni beneficio alguno; que los cuidados y cultivados pueden fructificar seis ú ocho años antes, y por lo que toca á los injertos, necesitan ocho ó diez años para principiar á producir después de trasplantados, porque primero se trasplantan, regularmente nunca más gruesos que la muñeca y después de arraigar muy bien los ingieren y una vez injertos, principian á fructificar á los tres ó cuatro años.

Sobre el cultivo se hablará en la sexta pregunta.

Segunda pregunta.—Si se hacen semilleros, si de semilla ó de planta.

Respuesta.—Nunca he visto semilleros ni he oído decir se hayan hecho en este país, lo que atribuyo á los muchos que nacen y se crían de semilla, en algunos montes de regoldano en que no se permite entrar más ganado que el de cerda y éste solo por el tiempo de la montanera y nada más; pero sé los hacen en alguna otra parte.

De los que se cortan por el pie para madera, no todos perecen si están en sitios guardados de ganados, sino que los más vuelven á echar renuevos en la circunferencia del corte y á criarse en poco tiempo buenos árboles reemplazando dos ó tres ó más el lugar del cortado.

Me inclino á creer, que si se hiciesen semilleros de castañas injertas de buena calidad, saldrían castaños á la verdad regoldanos, pero cuyo fruto en muchos de ellos, se asemejaría á la semilla; y aunque se experimentase el inconveniente de ser pocos los que prendiesen ó prevaleciesen trasplantados á la tierra inferior donde dejarían vegetar, desde la buena, labrada y abonada del semillero; sin embargo haciéndolo de este modo se conseguirían dos considerables ventajas: Primera, que no se necesitarían ingerir aquellos que produjesen buena calidad de fruto, en cuya maniobra se suelen pasar algunos años sin poder lograr ningún injerto en algunos de estos árboles. Segunda, que no atacaría á estos árboles la general epidemia ó enfermedad con tanta facilidad como en los injertos; así se ve en el día que lo hacen los aplicados y cuidadosos en sus castañares perdidos; que de los muchos que se crían solo ingieren los que no dan fruto ó le dan de mala calidad.

De lo dicho se infiere, que todos los castaños nacen de semilla regolda ó injerta; y nunca he visto ni oído decir se multipliquen de estaca, ni por la raíz, como sucede á la encina, roble y otros árboles, sino que se trasplantan á los castañares de los que nacen en los montes de regoldano, y en otras partes defendidas de los ganados.

Tercera pregunta —Cuándo se trasplantan.

Respuesta.—El tiempo oportuno para trasplantar, es según he visto practicar, en todo el mes de Febrero hasta mediado de Marzo y aun en el de Noviembre, antes que principien los hielos. No los ponen muy profundos, sino á poco más de media vara, y no dejan de prender muy bien; sin embargo de no observar las reglas que prescribe nuestro insigne Herrera, tampoco los ponen muy cortos por lo que se dirá adelante, ni muy delgados, ni muy gruesos; sino como la muñeca poco más ó menos, como queda dicho.

Cuarta pregunta.—Cuándo se injertan, y de cual ó cuales modos.

Respuesta.—Ingíerense de dos modos, á pua antes de principiar á brotar las yemas, y aun antes de dar señales de estar vivificadas; para lo que se sirven de las extremidades (no de los trozos inferiores) de los renuevos del año anterior de solo la peritoferia y en la que echan el fruto, y de canutillo que solo sostenga una yema, los cuales sacan de los renuevos interiores de los brazos, cuya operación hacen en dos tiempos, primera al principio de la primavera, cuando están ya algo abiertas del árbol para la del canutillo, cerradas las yemas y el árbol lleno de savia despide la corteza; estos canutillos se sacan de los renuevos del año antecedente y se ponen en otros del mismo año, y para que el árbol que se ha de ingerir los tenga apropósito, se le poda en el invierno anterior con algún exceso ó á horca y podón según tiempo desde mediado Julio hasta mediado Agosto en los renuevos del mismo año y cuando tiene ya bastante solidez la madera nueva para recibir el canutillo; no he visto practicar otros de los muchos modos que hay de ingerir más que los referidos y también el de coronilla, pero éste rarísima vez.

Quinta pregunta.—Tierra que les conviene.

Respuesta.—Las faldas de las dos sierras unidas por solo el puerto de la villa de Tornavacas, que forman el Valle de Plasencia de ocho leguas de largo desde esta Ciudad á aquélla villa, son altísimas, especialmente en las últimas tres ó cuatro leguas, cubiertas de nieve gran parte del año, y que nunca falta en algunos sitios sombríos, la de la derecha del río Jerte que tiene en ella su nacimiento, y la divide, es la sierra de Bejar, y la de la izquierda es la que divide el valle de la Vera, la cual continúa hacia Oriente dividiendo las dos Castillas.

El terreno de ambas faldas se compone de roca deshecha, abonada y mezclada con los muchos vegetales que en ambas se crian. El tercio más alto del todo inculto solo produce muy buena yerba, fresca siempre en algunas praderas y que se agosta en otros sitios, después de derretirse las nieves y produce unos arbustos que llaman carabone, que son una especie de retama de un verde oscuro, cuya flor es amarilla, donde he visto acudir muchas moscas cantáridas ó semejantes á ellas en el mes de Junio que es cuando florecen; otros carabones son también formados cuando están separados, que forman una verdadera pirámide crónica, dupta su base de su altura, de modo que parece las han cortado con tijera.

En el segundo tercio se crian muchos arbustos y árboles, expe-

cialmente robles poco fructíferos y muchísimos helechos y también algunos castaños y frutales en su parte más inferior.

El tercero ó más bajo tercio, está ocupado con los heredamientos de los pueblos, como castaños, huertas de frutales y de legumbres algunos pocos olivos y también viñas, las que por lo regular están en la solana ó falda de la derecha del río.

En este último tercio se ven algunos terrenos de color algo encarnado, que llaman tierra colorada, la cual tiene mucha mezcla de arena de diversos tamaños y blanca como de guijarros deshechos. También se ven otros de una como (1) arcilla, no blanca, sino algo parda, á la que se puede llamar roca blanda de grano algo más fino que la roca común, porque está en bancos por entre cuyas juntas ó asientos se introducen las raíces de los vegetales; pero no por el medio de ellos

Asimismo se vé en dichos segundo y último tercio, que son los cultivados, aunque el segundo en muy corta parte, porque á poco que se les desnuda ó quita la capa exterior de tierra vegetal aparece la roca desnuda ó dura, ó la blanda que llaman tosco, que es una piedra blanda que con facilidad cede al azadón y se deshace en arena gorda, y que también creo está en bancos, por penetrar por entre ellos las raíces como se dijo antes de la arcilla; yo presumo que tanto á la roca blanda, como la arcilla se hallarán también en el primer tercio, pero esto es una conjetura por no ser cultivado, pero la tierra colorada solo se ve en el tercio más bajo. Criándose, pues, en estos terrenos muchas especies de árboles y principalmente los castaños grandes, robustos y fructíferos sin que les perjudiquen las rocas duras, ni las blandas, las peñas sueltas grandes y chicas, ni la corriente continua de las aguas que pasan por el pie de algunos todo el año, se puede inferir que los castaños como generalmente casi todos los árboles quieren tierras ligeras y sueltas por entre las cuales pueden sus raíces serpear y extenderse en todos sentidos con facilidad á buscar la mucha humedad que necesitan para su alimento y para reparar la que pierden por sus muchas y grandes hojas en los calores del estío.

En dicho valle, lo mismo se crian en el llano (que es poquísimo) que en cuesta, en solana, que en umbría, en bajo que en alto, con la diferencia que los de las laderas de la parte sombría, ó de la izquierda del río, son mayores y más fructíferos que los de la solana, valles y llanos. No quieren clima demasiadamente frío, porque aunque en ellos

(1) Llamam impropiamente arcilla al granito rojo blando que en otros pueblos llaman tosquizo ó piedra tosca.

se hacen grandes, son poco fructíferos, además que en los años que el otoño es húmedo y temprano, se suele helar el fruto antes dicho y por cuanto si se les poda con algún exceso arrojan vástagos que están creciendo casi todo el estío, se confirma con esto que apetecen tierras con la humedad conveniente; pero no las quieren anegadas, ni pantanosas, porque son muy poco fructíferos en estas, ni se hacen grandes en ellas, así como tampoco lo son los que están en terrenos arcillosos.

En todos los parajes de esta provincia y sus inmediaciones en que según noticias se crían castaños de todas clases, se me ha asegurado se hallan en tierras quebradas, con cerros, lomas y valles, á las que tengo por tierras ligeras y en que se conserva la humedad necesaria para estos árboles, y hasta ahora no he sabido se críen en parte alguna en llanos de buenas y crasas tierras.

Sexta pregunta.—Cultivo, distancia de un pie á otro y demás operaciones de cultivo para criarlos.

Respuesta.—La distancia de un árbol á otro debe ser proporcionada á la bondad del terreno, porque el árbol grande necesita más espacio que el chico; sin embargo en el bueno se podrían poner á distancia de veinte á veinte y cuatro varas uno de otro por razón de dar estos árboles el fruto en los renuevos de la superficie exterior ó periferia; hablo de los injertos, que los regoldos si son para fruto necesitan más distancia por ser árboles mucho mayores; pero si son para madera, crecen más altos y más derechos cuando están espesos y su partes sombrías.

El cultivo de los regoldos es, ninguno por nacer y criarse sin cultivo alguno sin él en los montes comunes. El de los injertos y el de algún otro regoldo que nace y se cria entre ellos y que por haber visto ser su fruto de buena calidad le han dejado silvestre los dueños, solo se reduce á cabarles alrededor del pie cosa de vara y media una vez al año y por espacio de diez ó doce después de trasplantados; á ponerles algunos rodrigones fuertes y altos clavados en tierra y muy bien atados por arriba solo para defensa de los ganados; esta labor es solo de los chicos. Estos y los grandes los riegan cada ocho ó quince días el que para esto tiene proporción, cuya operación ejecutan abriendo una hoya de una cuarta de profundidad de tres ó cuatro varas de diámetro á la parte de arriba del pie de cada árbol y una estrecha regadera de uno á otro por donde dirigir el agua á la hoya por filas (bien que no están en línea) y acabada de regar una fila dirigen el agua por otra.

A todos se les poda y quitan las ramas supérfluas y las interiores porque éstas no dan fruto; á los árboles grandes se les podan sus brazos principales, cuando los ven viejos y sin vigor para dar fruto, con cuyo beneficio se rejuvenecen y echan vástagos que renuevan el árbol y continúa dando bueno y abundante fruto; pero si el descuido del dueño, el viento impetuoso ú otras casualidades hacen que se desgaje algún brazo, nunca renueva por allí, se seca la parte inferior del pie por aquel lado y nunca es de tanta duración como los que le tienen sano del todo.

Séptima pregunta.—Especies, portes y tamaño, se estimará la medida del mayor que se halle.

Respuesta.—Las especies ya están dichas; su porte, cuando son nuevos y están aislados, se asemeja á la figura cónica y á la semiesfera, pero luego que se hacen grandes, bien sea por el peso de su fruto en las extremidades, bien por el de sus brazos ó por uno y otro son mal formados y de una figura irregular.

En igual terreno los regoldos, siempre son mayores que los injertos, en brazos, altura y grueso. Acaban de avisarme la medida del tronco de uno regoldo que tiene doce varas de circuito, no por el nacimiento ó arranque de las raíces, ni el de los brazos, sino por entre uno y otro, y me aseguran hallarse alguno otro aún más corpulento, su altura en muchos es de treinta varas y aun más á juicio prudente.

Octava pregunta.—Calidad de los frutos y maderas.

Respuesta.—El fruto del castaño es muy buen alimento para hombres y brutos. El del injerto es algo más dulce y gustoso que el del regoldo; entre éstos hay alguno otro muy raro que le produce algo desabrido, á los cuales llaman acedos; pero no deja de aprovecharse por esto. Entre los injertos se estiman por de mejor calidad los de la parte sombría ó izquierda del río, especialmente los que están entre los confines del tercero y segundo tercio, por ser más feraces y su fruto más farináceo, dulce y sabroso y por de la inferior á los de los terrenos bajos, de los aguanosos y á los de las tierras arcillosas.

La castaña regolda es buen alimento para el ganado de cerda, tanto frescas en el monte como después de secas, y de este modo es buen pienso para las bestias de carga del país; frescas no se las permiten comer por el riesgo de causarles cólico.

Las injertas son de un uso más general, tanto para las personas que las consumen de muchos modos, frescas, secas y blancas, como para los usos arriba dichos de las regoldas; en años escasos de grano, se mantienen muchas familias pobres solo con castañas, y aun he visto

hacer pan de ellas, moliéndolas y mezclando su harina con igual porción de la de trigo, con lo cual salía el pan más suave, pero dulce.

Antes que por la enfermedad se perdiesen los castaños, uno de los medios que tomaban los cosecheros para dar salida á una gran porción de su cosecha, era engordar con ella ganado de cerda, cuyo cebo producía un tocino más sabroso y regalado que el de cualquiera otro alimento, y era tal la abundancia que entonces había, que me acuerdo muy bien que por los años de cuarenta y seis y cuarenta y ocho, se conducían á esta ciudad cerdos de doce arrobas y más á doce reales cada una, siendo así que en el día se ven precisados los de aquel país á buscar fuera sus matanzas á precio de sesenta y tantos reales por arroba, que es como se han vendido en este año.

La madera, que como ya se ha dicho es excelente, la sacan de los regoldos nuevos que llamo así, aunque tengan ciento y más años, con tal que nada tengan de podrido y lastimado, porque á estos árboles con facilidad se les suele podrir lo interior ó el corazón, de modo que comprimiéndole con solo los dedos se convierte en polvo que puede pasar por tabaco á la vista; por esta razón no pueden servir para esto los viejos; los hay á mi juicio de quinientos y más años, según la antigüedad que presentan, los cuales todos están huecos y sirven de abrigo no sólo del agua, sino también del frío de las noches para algún ganado y para las personas, y los hay tales que suelen hacer lumbre en medio del hueco.

La de los injertos es menos fuerte y sólida y más quebradiza y se hallan muy pocos palos apropósito para ella, porque desde el injerto se principian á dividir en brazos y la poda abre en ellos otras tantas puertas á la corrupción y así solo son buenos por el fruto, no por la madera.

(Se continuará.)

Los extremeños de tierra de Serena en la guerra de la Independencia.

(Continuación.)

Fernández de León en la tierra de Serena.—Su influencia en el alzamiento de Extremadura.—Su plan de Guerrillas.

II



No solo por haber dado el grito de la española independencia en Móstoles merece D. Esteban Fernández de León, que su nombre figure esplendoroso en nuestra historia nacional; Fernández de León cooperó durante la epopeya en beneficio de la patria y sus no comunes letras, su civismo, su peculio y su autoridad prestigiosa estuvieron por entero al servicio de la nobilísima causa de la independencia nacional.

Es más; León, que había ejercido cargos importantísimos durante treinta años en América, conocía bien el estado político de aquél país y estaba al tanto de la actitud en que se hallaba en relación con España; práctico conocedor de las necesidades de las posesiones españolas en el Nuevo Mundo, dictó y propuso á los gobiernos de aquéllos revueltos tiempos, medidas utilísimas para evitar el movimiento separatista independiente, que á la sazón comenzaba á cundir en las tierras ultramarinas. En la *Relación* de nuestro biografiado contiénense preciosísimos datos para estudiar las causas de la rebelión de las provincias americanas españolas.

Fulminado el rayo de la guerra contra el francés en Móstoles, por nuestro inelito patricio León, partió éste al siguiente día de este memorable suceso en dirección á su tierra natal. «Seguí, dice en expresada *Relación*, el 3 de Mayo para Extremadura y villa de Esparragosa

»de Lares, mi patria, y tuve la satisfacción de ver alarmados todos los
 »pueblos del tránsito y dispuestos á marchar á Madrid á vista de la
 »circular de los Alcaldes de Móstoles, cuyo contenido ratificó León á
 »aquellas justicias y habitantes aconsejándoles arrestasen á los fran-
 »ceses que hubiese en ellos y á cuantas postas pasasen con pliegos de
 »Murat ó jefes franceses para Portugal ó de aquél reino remitidos por
 »el general Junot á Madrid para Murat...»

«La circular de los Alcaldes de Móstoles corrió rápidamente por
 »Castilla la Nueva, Extremadura y Andalucía, causándo en todas par-
 »tes la más exaltada irritación y furor contra los franceses y á favor
 »de nuestro legítimo soberano Fernando VII; más este sagrado fuego
 »se apago por otra circular que el Consejo de Castilla por medio de su
 »secretario expidió á la una de la noche de 2 de Mayo para amanecer
 »el 3, en que desfigurando enteramente el hecho, apocándole y pintán-
 »dole como cosa de poco momento y atribuyéndole á la imprudencia
 »de algunos del bajo pueblo, se aseguraba la tranquilidad en que esta-
 »ba Madrid y se exhortaba eficazmente á que la guardaren todos los
 »del Reino.»

«Hizo tal impresión esta circular del Consejo, que habiendo el Ca-
 »pitan General de Extremadura despachado un oficial con la de los
 »Alcaldes de Móstoles por el camino real de la provincia á las Anda-
 »lucias, quedándose en Badajoz el conductor D. Pedro Serrano, le
 »llamó el mismo ó siguiente día el Gobernador Conde de Torrefresno
 »y manifestándole el aviso del Consejo, le hizo severo cargo de la im-
 »postura que contenía el que habia presentado como de los Alcaldes
 »de Móstoles y aseverándole Serrano la certeza de este oficio y de la
 »horrible y sangrienta escena de Madrid, en que se halló el 2 de Ma-
 »yo, le dijo que se huyera inmediatamente, como huyó de Badajoz,
 »porque el pueblo irritado en extremo contra los franceses con el pri-
 »mer aviso, había por el segundo convertido su furor contra él y le
 »buscaban para matarle. Resultó también que Murat supo la circular
 »de los Alcaldes de Móstoles, los trajo presos á Madrid, se les hizo
 »cargo por su expedición y dixeron: *que se la hizo firmar un hombre*
 »*no conocido, que se apareció con tropa en Móstoles la tarde del 2 de*
 »*Mayo*, por cuyo medio y haber contribuido treinta mil ó más reales
 »se libraron de la pena capital con que estaban amenazados.»

«Parece conveniente manifestar que el referido Capitán General de
 »Badajoz, Marqués del Socorro, Solano, luego que recibió la circular
 »de los Alcaldes de Móstoles, envió á Madrid un brigadier y un capi-
 »tán de su confianza disfrazados para que viesen reservadamente al Mi-

»nistro de la Guerra, Ofarril, y le dijese de su parte que podía juntar
»en pocos días un Ejército de 40.000 hombres, con el que marcharía
»según las órdenes que privadamente le comunicase. Los dos oficiales
»cumplieron su embajada y Ofarril les contestó,» «*que quería Solano;*
»*se hiciese, cuando la cosa no tenía remedio;* y así le dijese que no tenía
»que comunicarle otras órdenes que las comunicadas de oficio.»

Esta conducta floja de nuestros gobernantes en aquéllos revueltos días, máxime cuando algunos de los primates inclináronse al partido francés, fueron margen de desdichas sin cuento. En ella encontramos nosotros la causa de que algunas autoridades dispuestas desde luego á rachazar la invasión francesa, adoptaran después términos medios que les hacía pasar ante las muchedumbres como españoles tibios, ya que no como traidores á la causa nacional. Así el instruído general Filangieri fué en Villafranca del Vierzo asesinado por la soldadesca desenfrenada; así fué traspasado de un bayonetazo en Valladolid, Ceballos, director del Colegio de Segovia; así pereció en Granada D. Pedro Trujillo, en Sevilla el Conde del Aguila, víctimas inocentes del poco tacto político con que se gobernaron, acaso dando oídos á las presiones de los de arriba, dudosos muchos de ellos del partido que habían de abrazar en aquellas tremendas convulsiones, en aquél vértigo de españolismo que se apoderó del pueblo y le llevó á perpetrar horribles crímenes.

Así nataron también en Cádiz al que hacía poco Capitán General de Extremadura, se ofrecía al Ministro de la Guerra para ponerse al frente de 40.000 hombres y acudir á pelear al sitio que se le destinase. Así también sucumbió en Badajoz el 30 de Mayo de 1808 el Conde de Torrefresno, que en la alocución que dirigió á las autoridades y juntas de Extremadura el 5 de dicho mes se declaraba español ardiente y prefería todos los contratiempos y todos los trabajos á una opresión injusta, noble actitud que posteriormente en 1816 se comprobó en la información que se abrió para justificar la conducta militar y política observada en aquellos días de sobresalto por el Comandante General de la provincia de Extremadura, D. Toribio Grajera, Conde de la Torre del Fresno, de cuya información deducióse que el Mariscal de Campo Señor Grajera, buen servidor, leal y fiel vasallo del rey, militar pundonoroso había contraído merecimientos para ser declarado *en grado heroico benemérito de la patria.*

Confusos anduvieron los extremeños con tan opuestas noticias, unas las del capitán D. Pedro Serrano enviado por León con el bando de Móstoles, confirmadas algún día después por carta de D. José Do-

menech, concejal del ayuntamiento de Badajoz, estante á la sazón de los sucesos del 2 de Mayo en Madrid; otras las recibidas del Consejo de Castilla, desfigurando el hecho, atribuyéndole á la imprudencia del pueblo bajo, asegurando la tranquilidad en que estaba la Corte y exhortando eficazmente á que la guardasen todos los pueblos del reino.

Vino á sacar de esta incertidumbre á los de tierra de Serena don Estéban Fernández de León, que llegó á Esparragosa de Lares el 12 de Mayo. Impuso León á la justicia y vecinos de dicha villa de la verdadera situación de España, de los acontecimientos del 2 de Mayo y de la actitud hostil y conquistadora de los ejércitos franceses. Propaláronse estas nuevas por los pueblos limítrofes de tierra de Serena y Belalcázar, que la autoridad y prestigio del Superintendente de Caracas daba crédito á la referencia.

En primeros de Junio toda Extremadura habíase ya declarado resueltamente contra el francés. Formóse la Junta de Armamento y defensa de Badajoz con carácter de Suprema y organizáronse además juntas de partido en la mayoría de las poblaciones importantes. En casa de D. Alonso Calderón, en Badajoz, se reunieron con el fin de preparar el alzamiento unánime de la provincia D. José María Calatrava, D. Juan Gregorio Mancio, teniente rey y el tesorero D. Félix Ollave. Pereció á manos del pueblo amotinado como dijimos, el Conde de Torrefresno y fué elevado al mando supremo de la provincia el brigadier de artillería D. José Galluzo, y al gobierno de la plaza D. Gregorio Mancio; creáronse las juntas de defenea en las cabezas de partido y por cierto sin grandes disturbios á excepción de la ciudad de Plasencia y villa de Los Santos, en donde se ensangrentó el alzamiento con la muerte de dos personas.

Fué unánime el levantamiento de Extremadura, y al acabar junio contó ya el ejército extremeño 20.000 hombres. «Las clases, sin distinción, dice Toreno, al tratar del alzamiento de nuestra provincia, se esmeraron en ofrecer el sacrificio de sus personas y de sus bienes, y los mozos acudieron á enregimentarse como si fuesen á una festiva romería.»

La Junta de Badajoz formó un ejército compuesto de 13.126 hombres; la provincia creó cuerpos de voluntarios con los títulos de Badajoz, 1475 hombres; Trujillo, 750; Valencia de Alcántara, 1.025; Mérida, 1.170; Serena, 1.160, mas el batallón de Zafra de 500 plazas levantado á costa de D. Manuel Alvarez; el batallón de Llerena con otras tantas creado y organizado por D. José Mena y Jiménez, amen de alguna partida suelta que formaban en junto los 20.000 hombres de que habla

Toreno en su Historia. Mandaba en jefe estas tropas el general Galluzo y las divisiones corrían al mando del conde de Belvedero, Henestrosa, Trias, Vazquez Somoza, Bagigal y Conde de Chelves.

Con los enemigos á la vista, pues Elvas estaba ocupado por el general Kellerman, levantaron animosamente tal ejército los extremeños y de 500 hombres á que estaba reducida la guarnición de Badajoz, elevóse en breve el número de los combatientes á la citada cifra. Remedióse en lo que se pudo el mal estado de las plazas fronterizas á Portugal, desmanteladas casi todas, con las fortificaciones en ruina y en fuerza de celo y actividad pudo ponerse en estado de defensa la provincia, logrando así que los franceses de Portugal no pudieran darse la mano con los de la Mancha y dejando paso á nuestras tropas para Andalucía.

El 8 de Junio, se tuvo noticia en los pueblos de Serena y Condado de Belalcázar (que en aquellos años pertenecía á Extremadura) de la insurrección de Sevilla y creación de la Junta Suprema de nuestra provincia, con el propio objeto que la de Sevilla, de sostener la libertad é independencia de España, reconocer de nuevo por legítimo soberano á Fernando VII y declarar la guerra á Francia.

Apresuráronse todas las gentes de nuestra comarca, á ofrecer sus personas y recursos para la gran causa nacional. León, desde su pueblo natal, dirigióse á las Juntas de Sevilla y Badajoz poniéndose por entero á la devoción de ellas y cediendo la mitad de su sueldo de Intendente de Ejército para los gastos de la guerra. Usaron todos los patriotas y en esta ocasión lo eran todos los españoles, una divisa en el sombrero de escarapela encarnada y cinta con la inscripción *Viva Fernando VII*, para exaltar el entusiasmo público á favor del rey y de la patria; los moradores de esta comarca apresuráronse á usarla con el ejemplo que les dió el Superintendente León, primero acaso de los que la ostentaron, y por cierto con oportunidad; pues en aquéllos primeros momentos del alzamiento, se nutría y fervorizaba el espíritu de insurrección con semejantes exterioridades.

Atendía el ilustre hijo de Esparragosa de Lares á la situación de la Península, al mismo tiempo que á la de las Américas, donde había pasado la mayor parte de su vida. «Reflexionando acerca de la impresión que haría la revolución en nuestras Américas, refiere León, en la Memoria suya citada, escribió en Mayo y Junio varias cartas á su hermano D. Antonio Fernández de León y al Consejero electo de Indias don Antonio López Quintana, residente en Caracas, instruyéndoles circunstanciadamente del proyecto del pérfido Napoleón, cautividad de

»nuestro Rey y Real familia, insurrección de la nación contra el tirano, creación de Juntas gubernativas, formación de ejércitos en las provincias, paz con la de Inglaterra y sus auxilios, á fin de que ellos por sí y sus amigos procurasen conservar allí la tranquilidad, la subordinación y adhesión á la buena causa».

El prestigio de León ejerció saludable influencia en la tierra de Serena, sirviendo de ejemplo su noble conducta entre los habitantes de los pueblos circunvecinos á Esparragosa de Lares, patria y punto de residencia en aquellos días del que fué Intendente de ejército. Secundó los planes de la Junta Suprema de Badajoz, tanto en lo que se refería á la contribución de ocho millones de reales, que á calidad de donativo forzoso para la guerra echó aquella á la provincia, cuanto al alistamiento de hombres para las armas.

Gobernaba el partido de la Serena D. Galo Diez Madroñero, natural de Cabeza del Buey, residente en Villanueva, cabeza de partido, del que era justicia mayor. Era Madroñero soldado animoso y sereno, coronel de infantería, presidente de la Junta del partido de la Serena, la que tomó medidas acertadas. Así que se hubo reclutado el ejército, reconcentrólo en Villanueva y ordenó de acuerdo con la Suprema Junta de la provincia, que todos los oficiales retirados del partido se presentaren en dicha población para encargarse de la instrucción militar de los reclutas. Por mañana y tarde ejercitáronse en tales útiles maniobras nuestros coterráneos soldados, llegando el batallón de la Serena á estar bastante bien organizado, gracias al celo y actividad de los oficiales, buena disposición de los soldados y acertada dirección del Gobernador Madroñero y del coronel de dicho batallón y sargento mayor del mismo D. Juan Campos de Orellana y D. José María Peralta.

Cada cual de los hijos de nuestra zona puso de su parte lo que pudo en pro de la causa nacional, quien se alistó soldado voluntario, quien allegó recursos, quien presentó planes de utilidad con arreglo á las críticas circunstancias. El buen patricio Fernandez de León desde su pueblo natal apuntaba muy lejos, sus tiros traspasaban los límites de nuestra zona, llegaban á Sevilla y Cádiz, residencia de la Junta Central. Púsose en comunicación con D. Francisco de Saavedra, venerable individuo de esta Junta, propuso medidas administrativas y militares de trascendencia, y gloria grande es para León el ser el iniciador del sistema de guerrilla, que tan brillantes resultados dió en la memorable campaña de la Independencia. Así lo refiere en su *Relación* tantas veces citada:

«Considerando lo árduo de la empresa y los inmensos gastos de la

» guerra contra el poder colosal de Napoleón, se dedicó á meditar los
» medios que había para ello y al mismo tiempo á formar un nuevo
» plan de rentas y de comercio, en que por la simplificación de ellas y
» reducción de exactores y gastos se aumentase su producto líquido.
» Concluyó el papel de medios para la guerra y erigida la Junta Cen-
» tral de Septiembre, se le dirigió por mano de D. Francisco de Saave-
» dra, Ministro ya de Hacienda.

» Observando la indisciplina de nuestros colecticios y bisoños ejér-
» citos y meditando el modo de hacer más fructuosos nuestros esfuer-
» zos, concibió y extendió el proyecto de levantar partidas de guerril-
» llas organizadas precisamente de cazadores de profesión ó afición, de-
» biendo dar cada pueblo un soldado de caballería y otro de infantería
» por cada cien vecinos, equipándolos, armándolos y manteniéndolos á
» su costa, especificando las operaciones en que se habían de ejercitar y
» su método para con poco peligro tener en continua alarma de día y
» noche á los enemigos y causarlos el mayor estrago por efecto de su
» destreza en el manejo de la escopeta y acierto de sus tiros, ofrecien-
» do León por sí y á nombre de su hermano D. Antonio, equipar y
» costear doce cazadores de á caballo y á pie durante la guerra.

» Remitió este proyecto á la Junta Central trasladada en Diciembre
» á Sevilla por mano del ministro Saavedra, con quien se correspondía
» sobre la guerra y medios de sostenerla, quien le presentó y exami-
» nado por la Comisión de Guerra le aprobó la Junta mandando levan-
» tar las partidas de guerrilla, con arreglo al reglamento que formó en
» 28 del propio Diciembre; mas como en él no se obligó á los pueblos
» á dar número alguno de soldados, ni armarlos, ni á mantenerlos, ni se
» exigió la calidad de cazadores, observó León el poco fruto que pro-
» dujo de pronto, y como los ejércitos enemigos progresaban extraor-
» dinariamente, pues á más de la toma de Madrid en principio de Di-
» ciembre ocupaban las Castillas, la Mancha y Extremadura hasta Tru-
» jillo y pueblos inmediatos, discurrió otro medio de vigorizar las ope-
» raciones de nuestros ejércitos disponiendo otro proyecto de organi-
» zación de sus guerrillas y guardias avanzadas de infantería y caballe-
» ría bajo el pie de componerse únicamente de cazadores de profesión
» y afición y los medios seguros de facilitarlos, exponiendo las grandes
» ventajas que produciría su ejecución. Remitió este plan en 28 de
» Enero de 1809, al nominado Saavedra, quien le entregó al ministro
» de la Guerra D. Antonio Cornel, más ó no dió cuenta del él á la
» Junta ó no tuvo resultado.»

Tales fueron los pasos dados por Fernández de León en pró de la

causa nacional, mientras estuvo en el pueblo de su naturaleza. Auxiliado por su hermano D. José, á la sazón alcalde de Esparragosa de Lares, inspiró á los pueblos de la Serena el mayor entusiasmo para oponerse á los franceses, y el mayor respecto y apoyo á la autoridad de la Suprema Junta de Defensa de Badajoz. El hecho solo de haber sido León el promotor del reglamento de 28 de Diciembre de 1808 mandando levantar las partidas de guerrillas, le hace acreedor á ocupar un puesto de preferencia en la historia de la revolución española de principios del siglo pasado. Cállanse nuestros historiadores, seguramente por carencia de datos, tan culminante acontecimiento, pues si bien es cierto que el sistema de guerrillas hubiera brotado espontáneamente en el suelo español, por ser muy dado los de nuestra nación á esta clase de táctica, puesta ya en pie desde los tiempos de Viriato, justo es, sin embargo, encarecer al que inició tal medida elevándola á los poderes del Estado y haciendo recaer sobre ella sanción oficial, que, como dijo Saavedra Fajardo; «más vale un entendimiento que muehas manos;» «*meus una sapiens plurimum vincit manus.*»

NICOLÁS PÉREZ JIMÉNEZ.

C. de la Academia de la Historia.

(Se continuará).

LA ROMERÍA DE OROSIA

I



ver? Güerveme á leer ese párrafo,—dijo á su esposo la superabundante Orosia, suspendiendo el tejemaneje de la calceta.

—«Como hace ya cinco años que no nos vemos, tendría sumo gusto en darte un abrazo. Anímate, y ven á echar una cana al aire, ahora que con toros y teatro ofrece esta capital extraordinario aliciente. Ponme á los pies (q. b.) de tu señora, y te espera con los brazos abiertos tu antiguo compañero, Anacleto García Alcalde.»

—¡Ya!—dijo un tanto pensativa la Orosia, que á los pocos segundos añadió:—¿Y qué es eso de «echar una cana al aire?»... Usted don Policarpo, que sabe latín, puede explicármelo. ¿Cómo se airea una cana?

—Pues eso, mi señora D.^a Orosia,—contestó un tercero, de cara lampiña y sumiso continente,—quiere decir, que vaya á la capital á tener unos días de expansión, de refocilamiento, de jolgorio...

—¡Cotufó!... ¿Y tú qué piensas contestarle, Timoteo?

—¿Yo?... ¡pscht! lo que tú quieras,—respondió éste con indiferencia.

—Pues que vás.

—¡Calla!—exclamó gratamente sorprendido el esposo.

—Lo que oyes. Vas... y yo contigo.

—¡Aaaaa!

—La letra del burro: ¡aaah!... Pero ¿de qué te extrañas? ¿Es algún sambenito el que te acompañe tu mujer?... ¡Ah, falso! Cuando menos te habías figurao que te ibas á relamber como buey suelto... sin que hubiera quien te tirase del ronzal. Pero nada, iré contigo; primero por no perderte de vlstá...

—¡Ya, ya entiendo!

—Y segundo, porque yo también tengo mis ojitos, como cualquier cimiliquitrán, y no quiero que la tierra se los coma sin que vean la torre de Bujaco, y la garita de la Peña Reonda, y el puente del Vadillo, y el Poyo de los Caballeros, de que tanto os he oído hablar y deben ser cosas de mérito.

—¡Meritísimas!—afirmó D. Policarpo.

—¿Usted aprueba mi resolución?

—La apruebo, la encomio y la exalto. Como de usted, no podía ser mas atinente, inconvencional y razonable.

—Y usted será también de la trinca ¿eh?

—Señora... ¡sí es tan insólito el conglomerado de expedientes que espera mi *exequatur* en la Secretaría!...

—Pues lo deja usted, y viene con nosotros á echar al aire otra cana. Lo que no se haga un día, se hará otro. Sobre tó, yo como Alcaldesa se lo mando.

—Entonces... obedezco como un doctrino.

—Sí, porque necesitaré de usted. Como estudió en el Seminario, me explicará lo que vea y oiga, ya que este mermelo de Timoteo, porque no lo sepa ó por lo que sea, se hace á tó el coscón.

—No mujer. ¡Vaya una aprensión!

—¡Calla, hiprórquita! Bien sabes tú que te he calao... solo que ha sío tarde. Si Dios me hubiera abierto el ojo cuando me estabas haciendo arrumacos, tratando de ganar el cariño de la hija del tío Churra *el rico*, yo te aseguro que á estas fechas estás *otavía* riñendo con la jambrina á bofetones.

—Puede que sí, contestó con indiferencia el buen Timoteo.

—¡Ay, si no fuera por tu mujer, como anderías tú y esta casa y este pueblo!.. Y, apropósito, D. Policarpo: ¿despachó usté al agente ejecutivo? El representante del gremio de alcoholes ¿pagó las ciento veinticinco pesetas que adeudaba? El Marrufo ¿aprontó las tres fanegas de trigo que debía al Pósito?...

—Todo está requisitado en forma,—respondió el interrogado.

—Pues bien, de lo que haiga sobrao, hay que entregar cuarenta reales al pobre Senen, por la regencia del reló. El infeliz tiene siete y vísperas, y sobre tó, votó con nosotros.

—Se le dará su *piscolabis*.

—¡Ah! ¿ve usted? ¡ya se me olvidaba! Lo que hace tener buen corazón... En el repartimiento de consumos, recargará usted la cuota del tío Chilindrín en cincuenta pesetas, no sólo por haberse marchao en

las elecciones con los contrarios, sino por haberme llamao su mujer «tripona, tía porquince y cara de *escalfor*» ¿Qué le paece á usted?

—Que eso es no tener ojos en la cara.

—Ni en ninguna parte.

—¡*Perfectísimel!*

—Que pague, que pague la mu guarrapa el sofoco que me dió.

—Como dice el... Evangelio: Ojo por ojo y diente por diente».

—¡Qué bien! Si no llega usted á colgar los hábitos, á estas horas es lo menos *dotoral*. ¿Por qué se casó nsted, don Policarpo?

—Esa misma pregunta me hacía yo. ¿Por qué tentará el diablo á ciertas personas para que se casen?—repuso con soflama Timoteo.

Orosia lo miró con ojos encolerizados y en seguida repuso:

—¡Timoteo! ¡que no me vengas con retentines! El Secretario pudiendo haber sio rico, se casó pa ser pobre. Tú siendo un pelagatos, te casastes pa ser rico. Vé qué diferencia. Y si cansao estás ya de la collera, más lo estoy yo, y si te empeñas en provocarme, va á haber aquí una que nos van á oir los muertos!

—Vamos, D.^a Orosia, no hay que suscitar colisiones. Usted que es tan transigente, tan sedante, tan *conciliatrix* y bondadosa, dispensará á D. Timoteo cualquier *lapsus*.

—¿Lazo?... Correizo debieron habérmelo echao á mi al pescuezo, antes de haber abierto mis orejas á sus requilorios.

—Esos son ya hechos pretéritos... y de lo que se trata es de ir los tres á Cáceres.

—Si, si—repitió la alcaldesa deponiendo súbitamente la iracundia. —Avíseselo usted al diputao, que de seguro no querrá caer en falta y saldrá á recibirnos; y á la Cacarula, y al tío Pinitos, y al maestro de escuela, pa que sus hijos y hermanos sepan que vamos allá y también nos vayan á ver; y al ama del cura, que creo que tiene en la capital una prima comadrona.

—Esa... creo que no hará falta.

—Bueno, hombre, pero por si acaso se les ocurre algo al señor cura ó á su ama...

—Se avisarán. Ahora yo tengo que buscar un paquidermo...

—¿Qué?

—Una cabalgadura que me transfiera á la capital.

—Ahí tiene Usted el burro del Síndico, que es buena bestia y más grande que su amo.

—¡Evidente! No había caído en ello. ¡Si es Usted el mismísimo ojo de la providencia para todo!

—Felices tardes nos de Dios,—dijo apareciendo ante los interlocutores D. Crisanto, el párroco del lugar, señor anciano, alto y lambrido, que profesaba grande afecto á la Orosia, á quien había visto nacer... ó mejor dicho, á la que conoció á los pocos momentos de nacida.

D. Policarpo y D. Timoteo se levantaron de sus sillas, que ofrecieron al sacerdote.

—Parece que la conversación era animada,—observó éste.

—Ya vé Usted—repuso Orosia,—como que se trataba de una romería á Cáceres.

—¿Quiénes?

—Los tres.

—¿También tú?—interrogó admirado el clérigo.—*Malum sensu.*

—Siento unos reconcómos por curiosear tanta cosa buena como dicen que hay allí...

—Pero á la par te enterarás de muchas malas y perjudiciales.

—¿Digamos, D. Crisanto?

—Los grandes centros no son más que focos de libertinaje y corrupción. *Infecta sentina urbis.*

—*Libera nos á malo,*—añadió D. Policarpo.

—Lo sentiría; pero ya se me ha puesto entre ceja y ceja...—repuso decidida Orosia.

—Bien, bien. Lo que deseo es que no tengáis motivo de recordar mi admonición.

—Y no lo habrá. Pa evitarlo... tenga Usted el importe de seis velas, que durante nuestra ausencia alumbrarán al Santo Cristo de las Enagüillas, quien velará por nosotros.

A los tres días al rayar el alba, Orosia, D. Timoteo y D. Policarpo se disponían á partir.

A la puerta de la casa de aquéllos, habían acudido muchos vecinos á despedirlos.

Para la alcaldesa se había preparado una pollina con su flamante hamuga, en la que hubo necesidad de encaramarla.

A tal fin se colocó la jumenta junto á un poyo, y del lado opuesto á éste se emplazó un enorme sentón de corcho. El cura y el albeitar subidos en el poyo, tiraba cada cual de una manaza de la zamborotuda alcaldesa. Una prima de ésta y el alcalde intentaban ascenderla á pulso desde el sentón, adonde había subido no sin trabajo.

De pronto la ayudada chilló.

—¡Ay, ay, ay! ¡bárbaros! ¿Quién me empuja por la trasera?... ¿Soy acaso un costal de patatas? ¡Siempre será Timoteo!

Acudieron el pregonero y el regente Senen, y todos á una lograron acomodar á la fenomenal Orosia en la hamuga, por cada uno de cuyos costados y hueco respaldar colgaba un mazacote de carne.

Timoteo que montó en un caballón nada estético, pero sí muy mansurrón y resistente, atravesó delante de él sobre el arzón un enorme baúl en que iban las galas de su esposa.

Y entre las albricias y adioses de la concurrencia, partieron pasito á paso camino de la capital; el alcalde pesaroso de la compañía de su mujer, ésta meciéndose en un mar de ilusiones, y eso que en el momento de arrancar trazó un círculo en redor de ella un moscardon oscuro que no le dió muy buena espina, y el Secretario culti-disparatado, repitiendo para su colete la acomodaticia frase de «dame pan y llámame tonto».

II

Ya cerca de Cáceres, observó la viajera:

—No ha salío el diputao á nuestro encuentro. ¡Estará enfermo! de lo contrario...

—No hubiese recatado su persona,—añadió el ex-seminarista.

Entraron en la población, que hormigueaba de forasteros y parecía una Babel con el sonido de las carracas y cencerros, bocinas y caracoles y el bulle bulle de días tan regocijados, y al llegar á la casa de huéspedes, encontraron parado en el umbral de la puerta, fumando un hermoso chicote, á un sujeto muy decentemente trajeado, que al verlos exclamó:

—¡Timoteo!

—¡Anacleto!

—¡Cuant o placer en verte! ¿Y esta señora, es tu cara esposa?

—Cara y cuerpo, pa servir á usted—contestó ella.

—Muy Señora mía. Celebro mucho conocerla y la ocasión de servirle.

—Luego es usted el amigo de Timoteo.

—Más que su amigo, su hermano. ¿A ver? ¡Antonia! baja una silla para que se apée esta señora.

Bajáronla cuando ya los otros cabalgantes habían desmontado, y todos acudieron á ayudar á la Orosia.

—No, dejádme á mi solo,—dijo Anacleto.—Vengan ambas manos, mi buena amiga. Ahora váyase usted resbalando.

—Timoteo, ten cuidado con que no se me vean las piernas por detrás, al arrastrarme sobre la albarda.

Orosia tomó tierra sin detrimento de su persona ni de su pudor, y el amigote de su marido la ofreció el brazo.

—¿Qué es eso..? preguntó ella al verlo en facha ofreciéndoselo.

—Qué acepta usted mi débil apoyo para subir las escaleras. Será un honor al que le estaré constantemente agradecido.

—¿Sabes Timoteo.—dijo la pandorga, volviéndose á su esposo, que me parece que tu amigo es to un caballero?

—¡Quien lo duda!—repuso el marido.

—Obligado, mi hermosa amiga, por tan lisongero juicio.

—A mi me gusta la verdad, sin regateos. Si me hubiera usted pareció un cualesquiera, lo mismo se lo escalfo.

—¡Plausible cualidad!

Subieron al piso principal, donde encontraron á la dueña de la casa.

—La señora D.^a Orosia Pérez, Alcaldesa de X.—díjole D. Anacleto, presentándo á la aldeana.

—Que sea pa muchos años,—dijo ésta anticipándose en el cumplimiento de la presentación.

—Muy señora mía,—replicó la pupilera.

En seguida la llevó á una habitación donde había un lavabo con espejo, una cómoda, cuatro sillas y una cama de matrimonio.

—Esta es su habitación de usted—díjole la patrona.

—No es maleja. ¿Y usted D. Anacleto, vive también en esta posá?

—Mi cuarto es el contiguo á éste.

—Cuanto me alegro. ¿Y el diputáo por mi distrito no vive aquí también?

—No señora, aquí no mora diputado alguno.

—Pues pa su gobierno, patrona, he de advertirle, que á cualisquier persona que venga preguntando por el señor Alcalde, me la meta usted en mi cuarto.

—Lo tendré presente.

—Yo soy asin: no me gusta darme tono ni hacer esperar á alma viviente.

—¿Y viene usted sola?—se atrevió á preguntar la dueña de la hospedería.

—¡Qué disparate! Vienen conmigo mi marido y el Secretario, pa el que también tiene usted que disponer alguna chiribitil. Ahora están á acomodar las bestias.

—Pues tendrá que colocarse en el desvan, porque casi toda la casa van á ocuparla esta noche y mañana y pasado los toreros.

—¿Los toreros pararán aquí? ¡Qué bien! Así los trataré y veré que gentes son.

En tanto, y en la cuadra Timoteo decía á D. Policarpo.

—Hombre, hágame usted el favor de no asentir á los desatinos de Orosia, que vá á tenernos en berlina todo el tiempo que aquí permanezcamos.

—Lo comprendo D. Timoteo, pero ¿qué quiere, usted que yo le haga? Si le voy contra el pelo, es muy capaz de solucionarme y poner otro en mi lugar.

Al subir á la casa de huéspedes, encontróse el Alcalde en las escaleras con su amigo Anacleto que bajaba.

—¿Y qué tal?—le preguntó éste,—¿cómo te va de matrimonio? Estarás hecho un príncipe, ya no tendrás apuros...

—Sí, vivo divertido. Con una mujer que ¡ya la has visto! celosa, absorbente, dominante, inoportuna, mezucona, que todo lo maneja de puertas adentro y de puertas afuera. ¡Una ganga!

—¿Cómo no la metes en cintura?

—Sí, sí, al más pintado se la daría yo. ¡Pues es manuable la niña! Así como así no hay en mi casa hora de tranquilidad. ¿Y tú?

—Yo, mejor que pudiera presumir. Renuncié mi destino, me dediqué á la Agencia y siempre me sobran cien pesetas en el bolsillo. Tengo una entretenida que vale un mundo, y entre ella, el tapete verde, alguna que otra francachela, ahora el teatro y otros entretenimientos inofensivos, paso feliz el tiempo.—Lo único que me preocupa en estos días, es que mi mujer, harta de nuestra larga separación, y puesta en antecedentes por alguien que me quiere mal, me ha increpado duramente por mis desvaneos amorosos, y me ha prometido venir á sacarme los ojos. ¡Y será capaz de hacerlo! porque á genio y agallas, dará seguramente quince y raya á tu costilla.

—Bueno, pues hasta luego.

—Volveré pronto.

Y se separaron.

En cuanto entró el Alcalde en su aposento, díjole su esposa.

—Acabo de ver á un mozo que lleva por esas calles un cartelón anunciando pa esta noche, á más de otras dos, la comedia de *El alcalde torero*. Hemos de ir á verla. Toma el dinero pa las entrás... Reza el cartelón dos reales por persona y pieza, son deciocho. Toma veinte. Los dos que sobran, quédate con ellos pa pitillos. Si no, no: mejor es que compres otra pa D. Anacleto. Toma cuatro más.

Y metiéndose la mano en el prominente seno, mientras daba tal

encargo, sacó una bolsica y de ella las seis pesetas, volviendo á zumbullir aquélla entre sus sudosos promontorios pectorales.

—Iré por ellas.

—¡Ah! Sabrás que esta noche vienen á parar á casa los toreros. ¡Ya ves tú que á pedir de boca se nos pone tó!

—¡Eso nos faltaba!, —observó Timoteo escurriéndose puertas afuera, mientras su media naranja desocupaba el baul de sus nupciales perifollos.

III

En cuanto anocheció, Orosia que ya se había vestido de punta en blanco, sentía comezón por ir al teatro.

—¿Pero cuándo se cena en esta casa? A las nueve es la función y son ya las ocho y pico.

—No te impacientes, que ha de sobrar tiempo,—le observó su marido.

—O nó, Yo he venío pa verlo tó, y quiero estar presente dende que enciendan las candilejas. Además yo oí hace mucho, que los cómicos meten muchas cosas por debajo del tablao, que luego aparecen como llovías del cielo, y no quiero que se la dén á la hija de mi madre.

—Pero esas son las comedias de magia. En estas no hay tales carneros.

—Bueno, pues háyalos ó no, yo quiero estar allí dende el principio.

Por fin oyóse la señal y todos los huéspedes se trasladaron al comedor.

Orosia llevó la voz cantante durante toda la cena, pero intranquila y engullendo con precipitación para acabar pronto.

Uno de los platos que sirvieron fué de tencas, y llevando una con las manos á la boca, atragantósele una espina. ¡Qué arcadas! ¡qué estirar el cuello! ¡qué amoratársele el rostro!

Vamos, que puso á todo el mundo en movimiento, hasta que á fuerza de violencias y de meterse los dedos hasta la tráquea, arrojó no sólo la espina malhadada, sino todo lo que ya tenía en el estómago, sobre la mismísima pechera de D. Anacleto.

—Pero mujer...—se atrevió á balbucear D. Timoteo.

—¡Cotufó! ¿y qué le voy á hacer? ¿querías que á costa de dos onzas de jabón y un gorpe de plancho, me hubiese ahogáo?

—¡De ningún modo!—replicó el beneficiado, —todo está bien, si usted logró expeler la espina.

—¡Ay! sí, á Dios gracias y á San Blás bendito.

Y continuaron cenando. Solo un comensal, joyero ambulante, no había tomado parte en aquél incidente.

—Parece que está usted preocupado D. Antonio. ¿No hace usted negocio? le preguntaron.

—No tengo queja; pero de dos días á esta parte salen de mis cajas más alhajas que dinero entra. Y sospecho que algún duende...

—¡Gracias á Dios!—dijo levantándose la alcaldesa.

—Pero mujer ¿no comes postres?

—Nada, vámonos. Yo no me detengo más.

—Señores... que aproveche,—dijo Timoteo levantándose y saliendo tras su costilla y en pos de él el Secretario.

D. Anacleto aguardó á terminar la cena y luego se fué á mudar de camisa, chaleco y pantalones, encontrándose en el pasillo á sus amigos que ya marchaban al teatro.

—Allá nos encontraremos.

—No falte usted, D. Anacleto,—Así debías ser tú, tan pachorro y bien educao como tu amigo. Si á tí te pasa lo que á él ¡quien te hubiera uío!

—Parece mentira mujer, que digas eso. Pues marido más...

—*Pax vobiscum*, que vamos al teatro,—interrumpió D. Policarpo, presintiendo una reyerta inoportuna.

IV

Seguramente no se presentaría en el coliseo indumentaria más típica y variada que la de la sin par Orosia. Basquiña de cotonia verde, que no descendía más abajo del tobillo, y era prenda heredada de su abuela: pañuelo tendido de cachemir, de los llamados de cien colores, fondo color naranja y laberínticos rameados; otro de borra de seda á la cabeza, tornasolado de azul y rosa, medias azules⁷ y zapato de becerro con ramo de trencilla, collar de cuentas de oro y enorme rosicler en la garganta; los dedos llenos de sortijas, y asomando por bajo del pañuelo de la cabeza, y sobre cada sién un rizo de pelo, semejantes á dos roscones requemados, que quitaban penas.

Cuando llegaron al teatro de Variedades, estaban encendiendo las luces, así que la alcaldesa que ocupaba una silla en la primera fila, de las que formaban la via central, vió desfilas junto á sí á la mayor parte de la concurrencia.

¡Qué observaciones se le ocurrían! ¡qué modo de apuntar con el dedo á las personas que llamaban su atención! Aún no se había dado principio á la primera zarzuela, de las tres que se habían anunciado, y ya había logrado llamar hacia sí la atención del público con sus intemperancias.

Representábanse *La Leyenda del monje*, *I Comici tronati* y *El Alcalde torero*, y su boca no cesó de censurar tales obras. La primera al ver salir á Valentín rebujado en la sábana, porque aquel traje decía que ofendía el pudor, y repitiendo durante la representación de la segunda y tercera:

—Cotufó, y qué alcaldes más babeiéas y mantecatos. De seguro los han pintáo así pa poner en redículo á la clase.

Más de una vez hubo siseos, para que callase. Ella, que no comprendía ser el objeto de tales manifestaciones, seguía en su crítica desatentada.

Mas llegó el baile; y cuando al alzarse el telón se presentó á sus ojos el cuerpo coreográfico femenino, exclamó cubriéndose los ojos con las manos:

—¡Jesús, qué indecencia!... ¿Y hay aquí autoridades?... ¡Quisiera oír á D. Crisanto!

—Calla, mujer, que vas á dar lugar...

—¡Que calle viendo estas cosas? ¡Claro! á tí te gustarán; pero á ninguna persona de vergüenza puede hacerle gracia ver salir á esas mujeres en pelote.

—¡Silencio! ¡que se calle! ¡fuera ese tabarro! gritaron varias voces.

—¡No me da la gana, cotufó!... Lo digo y lo retedigo, y quien esto consienta no tiene ni raspa.

—¡A la calle la palurda! ¡una mordaza en esa boca! ¡al cuarto con ese adefesio!

—¡Dios nos asista!, murmuró D. Timoteo para su colete.

—Se avecina una hecatombe,—refunfuñó D. Policarpo.

Dos polizontes se acercaron á la púdica Orosia, y la intimaron silencio; pero ¡que si quieres!

¡Como no le hubiesen tapado la boca á cal y canto!

En cuanto vió que las bailarinas moviendo piernas y brazos daban vueltas más ó menos rápidas y las gasas de colores dejaban al descubierto lo poquísimo que de cintura abajo recataban, volvió á sus anatemas, y ya los agentes de la autoridad se vieron en la precisión de ordenarle que saliera del local.

—¿Salirme yo, cotufó? ¿Saben ustedes con quién hablan?

—Ni falta. Lo que ha de hacer en seguida es dejar el puesto y salir á la calle.

—Eso lo veremos.

—Vámonos, mujer, le dijo D. Timoteo para evitar mayor bochorno.

—Otavía no ha nacido quien le ponga la ceniza en la frenta á la hija de mi padre.

Uno de los polizontes le echó mano á un brazo y ella le atizó de revés un bofetón, que ni el que dieron á Calomarde.

Los dos la sujetaron y tiraron de ella.

—Señores, señores,—suplicaron el esposo y el secretario, tratando de separar á los agentes,—trátenla ustedes con más consideración, que es todo una señora,—dijo interviniendo en la trifulca con énfasis y retintín D. Anacleto.

—¡Infames! vociferaba ella. No me da cuidiao de hacer frente á media docena. ¡Favor á la justicia! Timoteo... hombre pusilámine, socorre á tu esposa; D. Policarpo, D. Anacleto, ¡socorro!

Tal zacaopea llamó la atención de todo el concurso, que se puso de pié para observar mejor aquella parte de la función no anunciada en el programa; la música calló, las bailarinas suspendieron sus esquinces y cabriolas y el Gobernador trató de tomar cartas en el asunto. Pero alguien le dijo quién era la alboratadora, y en consideración á sus servicios electorales, como artera *cacica* de X, favorecedora del régimen imperante, mandó á los polizontes que la dejaran, bajo promesa de no volver á interrumpir el espectáculo.

Este afortunadamente terminó pronto; y digo afortunadamente, porque la Orosia no cesó de vomitar sapos y culebras por aquella boca, ofendida en su dignidad; y de haberse prolongado, se hubiera reproducido el incidente malhadado.

Como al salir bufando de soberbia todo el mundo la mirase, hubo de preguntar á unos cuantos mozalvetes que decían á media voz «esa», «esa».

—Y qué, ¿qué tiene esa, so mocosos?

Pero los jovenzuelos se apiudentaron y ella continuó su camino resoplando como un fuelle.

—Timoteo,—decía por el camino á su mitad—te has portao como un collón, como un mandria sin reaños ni dinidá, consintiendo que los policías pusiesen manos en tu mujer.

—Yo traté...

—¡Calla, cotufo!... Tú lo que hiciste fué meterte la lengua en el

vestuario y las manos donde no te se enfriasen... y á tu esposa que la partiera un rayo. Aprende, aprende en D. Anicleto: ¡ese sí que es to un caballero!... Gracias á él que advirtió á aquellos mequetrefes que yo era *una señora*, me ví libre de sus garras. ¡Ah, si yo hubiera presumido lo inútil que eras pa tó...

Y aquel incidente la tuvo desasosegada toda la noche, y eso que al llegar á casa le produjo grata impresión la noticia que le dieron de que habían llegado los toreros y dormían bajo el mismo techo que ella.

Como el colchón de la cama era de muelle, desnivelaba extraordinariamente el lecho conyugal con su enorme peso, y como no hacía mas que revolverse, á pesar de una taza de calaguala que la propinaron, tuvo al marido toda la noche haciendo títeres sobre la extremidad opuesta del colchón, pasando la mayor parte de ella de claro en claro.

V

A la mañana siguiente se levantó temprano, como de costumbre, se desayunó, y mientras su marido iba á dar de almorzar á su ganado, ella dijo al buen D. Policarpo, incontinentemente por ver á los toreros:

—Va usted á acompañarme á ver á Mazantini y su cuadrilla.

—Señora, ahora estarán acostados.

—¡Cotufó! ¿tan holgazanes habían de ser?

—Como es gente que tiene trasmudadas las horas, duerme no cuando quiere, sino cuando puede... Iremos á la hora de almuerzo.

Orosia se conformó; mas en cuanto supo que estaban haciendo por la vida, se plantó en el comedor con el secretario.

—Que Dios les dé á ustedes salud,—entró diciendo la lugareña.

Todos volvieron hacia ella la cabeza.

—Esta señora,—dijo á guisa de presentación D. Policarpo,—es la suprema individualidad ó sea la alcaldesa de X, que mora en esta misma casa y desea conocerlos á ustedes de propio visu.

Todos contestaron: unos «gracias prenda», otros «¡alabao zea Dió!» este, «¡hoy vamos á tené er zanto de ezparda!», aquel, «¡Jezú que mujé!»

Esto último fué lo que entendió más distintamente la Orosia, porque lo dijo el comensal que estaba más cerca, y picada en su amor propio, se arrancó preguntando:

—¿Qué? ¿qué tiene esta mujer? ¿no es como toas?

—¡Y mejó que toitas, pimpoyo!—contestó el tal con graciosa ironía, desarmando con semejante recorte á la fiera lugareña. ¡Acazo púe darze unoz criso má retrechero, ni una narí má coquetona, ni una ca-

ra... má reonda que un ochao moruno? ¡Na! que Dioz bendiga zu fila, zu aquel y zu chuchumeco!

—¡Qué fino!...—exclamó lisonjeada la aldeana.—¿Me querrá decir usted cuál es su oficio en la cuadrilla?

—¿Por qué no, zandunguera?... Zoy er cachetero.

—¿Y qué es eso?

—Er que arremata toas las zuertes, zeñora, pa lo que uzté guzte.

—Sea pa muchos años.

—¡Pos no me la dé! ¿quié osté que esté toa la via dando la punti-ya?... ¡Mal jarameño la empitone!...

D.^a Orosia se volvió á su acompañante y le preguntó á media voz:

—Usté que sabe latín ¿qué es eso de que me empitone?

—Señora., tal palabra no la trae Valbuena en su Diccionario.

—Hombre, pues es mucho que usté no lo sepa. ¿Y cuál de ustés es Mazantini?

—Servidor.

—¡Buen mozo, de verdad! Pues ahí tiene usté lo que son las figuraciones. Yo creia que usté era como un gurripato de los de mi pueblo; porque allí se llaman Mazantinis tos los chiquiliscuatro del lugar.

—Vamos,—dijo sonriendo el espada,—pues para que usted vea que no todos son iguales... acepte usted este pequeño obsequio.

Y le alargó un tenedor en el que iba trinchada una ostra.

Tomóla Orosia, la miró por todos lados, la olió después y frunciendo las narices, observó:

—Esto paece un cacho de carne manía...

—¡Delicioza!... ¡Esto ez una tía de barba é mico! ¡Bien por la arcadesa!, gritaron varios.

—No entrará en mi reino,—afirmó la obsequiada devolviendo al espada el tenedor.—Con tales comistrajos, pocas chichas han de poner ustés.

—Los que usté embaula deben zer máz zanos y nutritivoz, zegún er reondé que presenta.

—¡Mucho que sí! Como que en mi casa no hay mas que buenos chorizos, jamones bien curados, gallinas como pavas, truchas y perdices, que hasta allí Si usté hubieran catao el carnero de mi marío que se mató hace ocho días...

—¡Bravo! gritaron muchos palmoteando á la par. ¿Y era de puntas?

—¡De cuernos y bien retorció!

Las carcajadas se hicieron generales.

—¿Irá uzté ezta tarde á la plaza?

—Pienso que sí.

—Pos zeñora, jágame una zeñá, zi ez que yo por zu burto no la diquelo, que le voy á brindá un par de banderiyaz.

—Sí que la haré, y un millón de gracias... Y ya que he tenío el placer de conocerlos, saben que me tienen á su disposición aquí y en X. No tienen mas que preguntar por la alcaldesa y serán servidos.

—¡Estimando, hermosa! ¡que Dios ze lo aumente! ¡Y que de eze baul-mundo zarga un torero ó un meniztro!

Y ella dando media vuelta, salió del comedor contoneándose como podía.

Ya en su habitación, preguntó á su acompañante:

—¿Qué le han pareció á usted D. Policarpo, los toreros?

—Que es gente alegre y sin aprensiones.

—¡Y mú finos, cotufo! Ya oyó ¡usted cómo me floreó el cachetero... Solo que yo no lo entendí mu bién. ¿Qué querría decir con los *crizo*?

—Los ojos, espéculos del ánima.

Orosia se miró al espejo y empezó á guiñar los suyos, pequeñillos, de color indefinible y despestañados.

—Vamos, no anduvo mu desacertáo. ¡Si esa gente tiene un golpe de vista!... ¿Y la nariz coquetona?

—Graciosa, mudable, inaprensiva.

Y Orosia frunció la suya, que parecía un pellizco dado en el centro de una torta.

—Y bendijo mi fila. ¿Qué es la fila, D. Policarpo?

—La fila... debe ser el perfil, la silueta.

—La silu...eta. ¿Y yo tengo eso?

—Creo que sí...

—Vaya, pues que no falte. Por último habló de mi chuchumeco... lo oí bien, y el chuchumeco... ya sabe usted, es un pájaro...

—Sin duda se habrá figurado que usted tiene pajarera.

—¡Qué ocurrencia, cotufo! ¿Sabe usted que el cachetero es un chico mu simpático? No, y tós. Lo que me avergonzó fué lo que dijo el banderillero ¿no lo recuerda usted? Me deseó que pariera un torero ó un menistro. Mi vientre lo engañó. Cruía sin duda... ¡Ná! que preferí salirme á que me vieran los colores de la cara. Y yo creo que no es pa tanto,—concluyó pasándose las manos y mirándose el abdomen.

—No, señora, no: dos metros de circunvalación no es una perifería descompasada.

VI

Una hora después, paraba ante la puerta de la casa uno de los coches que hacían el servicio de viajeros desde la estación de la línea férrea á la capital; abrieron la portezuela del vehículo y de él bajó una señora, no vieja, ni mal parecida, pero sí de facciones duras, color quebrado, alta, delgada y de temperamento nervioso, con una toquilla á la cabeza y en la mano un cabá en mediano uso.

Dió al zagal el importe de su transporte, y entró en la casa de huéspedes con paso resuelto y gesto avinagrado.

Subió al piso principal, y encontrándose con la dueña de la hospedería, la preguntó:

—¿Es aquí donde vive el señor Alcalde?

—Sí, señora.

—¿Está en casa?

—Nada, salió después del desayuno y no ha vuelto aún. La que está es su señora.

La recién llegada no pudo reprimir una contracción nerviosa, har- to acentuada.

—¿Su señora?...

—Ciertamente; y si usted quiere pasar...

—Sí, sí: quiero verla, contemplarla, oirla... Guíeme usted á su aposento.

La patrona hizo la guía, y parándose ante la puerta del cuarto en que Orosia moraba, le dijo.

—Ahí está.

Y saludando con la cabeza se alejó.

La forastera, sin anunciarse ni demandar permiso alguno, levantó con mano trémula y resuelta el picaporte, y abriendo la puerta entró en la habitación.

Orosia que sentada ante el espejo del lavabo y en mangas de camisa se estaba deshaciendo moño y rizos, adelantando tal operación para cuando llegase la hija de la Cacarula, que había quedado en ir á peinarla, á fin de trasladarse á la plaza de toros cuanto antes, volvió el rostro hacia la puerta, exclamando asustada del picaportazo.

—¡Cotufó! ¿quien se atreve?...

Mas antes de que pudiese darse cuenta de su sorpresa, la aparecida le preguntó con rabia mal reprimida.

—¿Es usted la que se llama mujer del señor Alcalde?

—Como que lo soy. ¿Y á usted qué le importa?

—Lo que es usted, es una gran p...eloña... nna ladrona del cariño de mi esposo, que me las va á pagar todas juntas.

Y sin darle lugar á precaverse de la ruda acometida, lanzóse sobre la frescachona alcaldesa, y asiéndola por la suelta cabellera, del primer tirón la hizo dar entierra. Encaramóse sobre su adiposa humanidad, que había quedado en actitud de rana, y levantándole las sayas, y dejándole al descubierto el voluminoso mapamundi, comenzó á descargár en él la azotáina más estrepitosa que han recibido mortales.

—¡Toma! ¡toma! vil ramera... pelandusca ¡gran bribona!... toma en pago de tu infame proceder.

Y con tal prisa menudeaba los manotazos, sobre el macizo de la vencida, que sus chasquidos parecían el repique de unas castañuelas.

—¡Favor al rey!... ¡que me matan! ¡que me asesinan! ¡vecinos! ¡socorro!

A las voces de una y otra acudieron los huéspedes, que contemplaron con pasmo la mole prepóstera de la Orosia, vapuleada sin piedad por la iracunda forastera.

—¡Qué es esto! ¡valganos Dios! ¿Cómo tal osadía?—gritaba la posadera acudiendo con la criada, el joyero y los chulillos en socorro de la azotada.

—Una caída al descubierto,—exclamó uno de los toreros que quitándose la chaquetilla en un *sancti amen*, la arrojó sobre la faz vapuleada, mientras otro sujetaba la mano vengadora.

—Dejádme que la mate,—gritaba la desconocida.

—Pero por los cravoz é cristo, mujé de Dió,—le decía el que la había desmontado de la alcaldesa.

—Me ha robado el amor de mi marido.

—¡Antojo, zeñora! ¿cómo había de tené er mar guzto de prendarse de ese peyejo?

En tanto la posadera, bajando las faldamentas á la víctima, la incorporaba con ayuda del cachetero.

—¡Jesús que verguena! Mi marido... ¿dónde está mi marido?... ¡Que dén parte de esa harpía!

—Primero curemos esa ceja que brota sangre... y ese ojo magullado.

En efecto, Orosia al ser levantada, presentaba una leve herida en la región superciliar, que ensangrentándole el rostro, le daba un aspecto fenomenal y repugnante.

—¡Me ha herío! que la lleven á la carcel.

—A usted, por pervertir á mi Anacleto.

—¡Qué escucho! ¿yo á D. Anacleto?

—Justo, á mi marido D. Anacleto G.^a Alcalde. Esa señora me dijo que usted se llamaba su mujer.

—¡Jesús y que lamentable equivocación!—exclamó la patrona, poniendo un pedacito de tafetán de heridas sobre la contusión, y vendándola con ayuda de la criada y el puntillero.

—¿Ve usted, prenda?—le observó á la forastera el lidiador. Ese cazo é manteca no ha tenío ná que vé con su marío: ¡se equivocó ozté!

—¿Pues cómo es esa... la mujer del Alcalde?

—Porque es su marido la autoridad municipal de X.

—Señora... perdóneme usted—dijo acudiendo la agresora y arrojándose ante la azotada, á quien habían sentado en una silla,—yo creí que usted era la entretenida de mi marido Anacleto, que es un pillo redomado, que me tiene en el mayor abandono, por una pendanga.

—¡Qué dice usted!... ¡El!... á quien yo tenía por un caballero.

—¡Sí, un perillán, sin vergüenza, es lo que es!

—¡Ay, señora! la perdono entonces. ¡Yo hubiera hecho otro tanto!...

En esto se presentó en la puerta de la estancia D. Anacleto con D. Timoteo y D. Policarpo.

La forastera, al ver al primero, se lanzó tras él gritando:

—¡Helo aquí!

—¡Cielos, mi mujer!—exclamó él, escabulléndose y tomando las de villadiego, escaleras abajo, seguido de aquélla.

Los lugareños, que ajenos á aquél desastre, venían por la alcaldesa para llevarla á la plaza de toros, así que se vieron libres del sobresalto de los primeros instantes, se dedicaron á prodigar á la lesionada frases de consuelo, y á aconsejarla que tuviese resignación, ya que su mala suerte la había postrado en el lecho del dolor.

Más ¿quién disuadía á la lesionada de ir á la corrida? Ni la frente vendada, ni el ojo izquierdo como un huevo de gallina, parapetado tras un paño de árnica, la quitaban las ganas de acudir á la plaza.

—No zeñora, no debe ozté ir. Mañana zará otro día; y como tos zabemos zus afiziones, dejaremos pa mañana laz zuertez maz bonitaz.

Y convencida por el torero, se resignó y se acostó para sosegar y tranquilizarse, mientras D. Policarpo y D. Timoteo, que perdieron la corrida, tuvieron que quedarse cuidándola.

La paciente no hacía más que repetir;

—Pero ¡quién lo hubiera sospechado! D. Anicleto, que parecía tóo un caballero, haber dao lugar á este percance. ¡Ná! que tos sois iguales, cotufo. ¡Pa quemáos tos, los unikutos!... ¡Qué razón tenía D. Crisanto!

Y á renglón seguido añadía:

—No sé que tendrá esta cama, que siento debajo de mí un bulto incómodo...

—¿Registro?

—No, que no puedo moverme. Sea ello lo que quiera.

VII

Pasó como una hora.

D. Policarpo y D. Timoteo sentados juntos al balcón, curioseaban silenciosos con ojos de oveja modorra á los regocijados transeuntes que habían acudido á disfrutar del espectáculo nacional, mientras la malferida hija del tío Churra dormitaba en su lecho, descansando de la reciente bataola.

En la habitación ó pasillo con que comunicaba el cuarto, oyóse rumor de gente que llegaba y en seguida dos golpecitos en la puerta, dados con los nudillos de los dedos.

D. Timoteo se levantó de su asiento, y de puntillas para no turbar el sosiego de su oronda costilla, llegó á la puerta y la abrió.

—¿Qué se les ofrece á ustedes?—preguntó callandito á cinco ó seis personas que estaban junto á ella.

—Que franquée usted la habitación al Juzgado,—dijo el peor trajeado de los del grupo.

—¡Al Juzgado!—exclamó el alcalde sin saber qué hacer.

—¿Qué es eso cotufo?—preguntó Orosia despertando.—Éstá visto que en estas casas no se ha de gozar de una *miaja* de reposo.

—El Sr. Juez y los demás de justicia que piden entrada franca.

—¿El Juez?—repitió arganeando por incorporarse la lisiada.—¿Le dieron parte quizás de la pelotera?... Pero que aguarden, que aguarden á que me baje de la cama. D. Policarpo, vuélvase usted de espaldas, que tengo que bajar de resbalón.. ¡Ajajá! Ya pueden entrar.

Juez, actuario, alguacil, el joyero y la patrona, pasaron á la estancia, y D. Policarpo abrió el balcón.

—¿Con que vendrán ustés?... comenzó á interrogarles la lesionada.

—Sí, dijo el Juez, á que nos abra usted la cómoda... el baul... á registrar sus pertrechos.

—¿Mis peltrechos?...--repitió aquella sorprendida.--¿Y eso para qué?

—Sabe usted, D.^a Orosia, dijo la patrona, que aquí el Sr. D. Ambrosio ha dado parte de que le faltan varias alhajas...

—¡Cotufo! ¿y creen que yo las he robado?

—El Juzgado no cree nada,—observó el Juez,—no viene mas que á cumplir con su deber.

—Pero, dígame usted, señor, ¿tengo yo acaso cara de ladrona?

—No digo yo que usted sea la sustractora, pero es forzoso proceder al más minucioso registro y pídale venia para ello.

—Pues registren ustedes, ¡cotufo! si es que por su palabra no la han de creer á una.

La cómoda en todos sus rincones, el enorme baul, tesoro de los peregriles de la alcaldesa, la mesilla de noche, la cesta de la merienda, todo fué objeto de la más escrupulosa pesquisa.

¡Nada! Allí no había alhajas ajenas.

—Deshaga usted la cama, ordenó el Juez al alguacil.

—¿También eso?... ¡Esto es vergonzoso!

—Más vergonzoso sería hallar en ella algo que no la perteneciera.

—Pero como no lo encontrarán...

Apenas había hecho la alcaldesa tal afirmación, el alguacil, que después de quitar colcha y sábanas había levantado el primer colchón de encima, se apoderó de un objeto y alzándolo en alto exclamó:

—Esto es algo,—y lo entregó á su jefe.

—Una pulsera, prorrumpió el joyero al ver el estuche.

—¡Cotufo!—exclamó atónita la Orosia, que quedó como segada.—Ese es el bulto que se me estaba metiendo por las berijas.

—¡Ah! ¿con que dá usted razón de su existencia, anterior á este momento, y negaba que entre las ropas de la cama se ocultase ninguno de los efectos del hurto? Señor escribano, extienda usted la diligencia de reconocimiento con todos sus detalles y en vista de su resultado, el auto de procesamiento y detención de esta señora.

—¡Cielos! exclamaron á trío alcalde, alcaldesa y secretario.

—Mientras el hecho no se esclarezca, forzoso es que vaya usted á la cárcel.

—Pero, dígame usted, so golilla, ¿tiene una jeta de ladrona?—gritó exasperada la Orosia.

—Cuidado con la lengua... que pudiera agravar su situación.

—Por Dios, Orosia...

—Por favor, mi señora,—suplicáronla esposo y acompañante, para que se moderase.

—No hay remisión posible, observó el Juez.

—Si V. S. me permitiese salir... suplicó D. Policarpo.

—¿Moraba este señor en esta estancia?—interrogó el Juez á la posadera.

—No señor.

—Entonces, vaya usted con Dios.

Y D. Policarpo escapó como alma que lleva el diablo, mientras el actuario, sentado á una mesa, extendía las diligencias procedentes, entre los gimoteos y rabieta de la procesada, las frases de consuelo de la patrona, y las exhortaciones á decir la verdad del sacerdote de Thermis.

D. Timoteo procuraba de vez en cuando alegar alguna prueba de lo incapaz que era su esposa de hacer nada que desdijese de una persona cabal; pero el Juez le imponía silencio, hasta que le preguntasen.

Al cuarto de hora tornó D. Policarpo con una carta cerrada que entregó al Juez. Este la leyó y quedó unos instantes como dudando.

Por fin dijo al actuario:

—Ponga usted un nuevo auto de procesamiento, y en vez de la prisión preventiva, consigne usted que la presunta reo quede en libertad provisional, mediante obligación que constituirá *apud acte* de comparecer ante el Juzgado todos los meses.

—¡Qué! ¿tener yo que venir mensualmente á ver las barbas á la justicia? preguntó Orosia.

D. Policarpo en cuyo semblante retozaba la satisfacción, le hizo seña de que callase.

—No hay otro remedio,—contesta el Juez,—y por bien librada puede usted contarse con ello.

Terminada la misión del momento, el Juzgado abandonó la habitación de los alcaldes, y continuando sus pesquisas, dió en el cuarto de las criadas de la casa, que al saber que andaba en ésta el Juzgado de registros, puso pies en polvorosa; mas atrapada por los sabuesos de la justicia, se confesó á las primeras de cambio autora de los varios robos cometidos en las cajas del joyero; procurando, como acontece de ordinario para disculpar el delito, hacer ver que el perjudicado la solicitaba, y que escaso en sus dares, ella tenía que cobrar con sus tomares, la diferencia del precio de sus favores; lo que no fué óbice para que diese en la *trena* con su codiciada persona.

Cuando Orosia supo todo esto, lloró de alegría, y al verse á salvo de la imputación que pesaba sobre ella, cayó al suelo de rodillas exclamando:

—¡Gracias, Cristo de las enaguillas! Te ofrezco una novena anual por tu señalada protección.

—Y bien empleada está,—dijo D. Policarpo,—que de buena hemos salido indemnes.

—Timoteo, dí á la patrona que nos prepare merienda para mañana tempranito.

—Pero qué, ¿no vas á los toros?...

—No y mil veces no, ¡cotufo! Lo que quiero es verme cuanto antes lejos de este pueblo, donde temo mayores contratiempos, si no me ausento pronto.

—Pero cuestión de veinticuatro horas...

—Que he dicho que no y retenó. Mañana á casita, y Dios no nos vuelva en tanto á proporcionar nuevos disgustos. ¡Ay, si yo hubiese hecho caso á D. Crisanto!...

VIII

A la mañana siguiente, apenas alboreó, los tres lugareños, ginetes en sus respectivas cabalgaduras, abandonaban la capital á la que echó la bendición Orosia, diciendo:

—Manque se hundan cielo y tierra, no habrá en el mundo quien me haga gorver á tí, pueblo corruto.

—Muchos viceversas nos han ocurrido; pero ¡cuidado con el de ayer al medio día, que fué grávido como él solo! añadió D. Policarpo.

—Otavía no me ha dicho usted como fué el escapar y gorver con aquella esquila...

—Pues ya ve usted, D.^a Orosia. A grandes síncope, grandes revulsivos. Como el Juez se mostró desde luego tan rígido y la cosa no presentaba buena perspectiva, fuí á ver al diputado.

—Pero qué, ¿estaba en Cáceres y no fué pa ir á visitarme?... Que güerva, que güerva, don Pipiritaña, que le juro por estas cinco, que no ha de ser la hija de mi madre la que se gaste 45 reales en otro banquete, ni pierda sus amistades de siempre por servir á semejante orgulloso. ¡Váyase á hacer gárgaras á la cañá del escarabajo! ¿Si creería que se le iba á caer la venera por ir á verme á la posá?

—No fué del todo descortés; pues en cuanto yo le referí el intrínquilis y subsiguiente conflagración (y eso que ya se estaba poniendo los guantes para ir al toro) cogió la castora y fué conmigo á ver al Gobernador, quien medió para el Juez la misiva que usted vió que le entregué, que ha sido como el *Deux ex machina*, merced al cual torna-

mos salvos en este instante á nuestra aldea, después de tanto cipizape y contumelia.

—Dios se lo pague; pero lo que es la falta que conmigo ha cometido, no se la perdono mientras viva. ¡Cotuso con el fusique!

Y arribaron al lugar, y en un periquete se supo en todo él la llegada de los expedicionarios y la casa se les llenó de gente.

—¡Ay, Sr. D. Crisanto! exclamó Orosia, al ver al párroco, saltándosele las lágrimas. ¡Cuánta razón tenía usted pa aconsejarme que no fuera!

—Pues ¿y eso?

—Por que tó han sío reveses y desengaños. Confiaba en que el diputáo, en pago de lo hecho por él en las elecciones, me saliera á esperar, ó cuando menos me fuera á ver y ¡nones! Un sujeto á quien por su figura y buena facha creí un caballero, resultó el pillo más pillo y lioso que cobija el sol. En el teatro no ví más que el redículo pa la autoridad y mujeres en pelote, á las que tó el mundo ¡y hasta las señoras de seica y quiquiriquí! aplaudian á rabiarse. Con unas tencas malditas que no pude desespinar, porque allí tó se comía con teneor y cuchillo, estuve á pique de ahogarme. Una mujer abandoná por su marío,— ¡el tal caballero!—tomándome por la querendona de su esposo, me dió unos azotes que ni los que le dieron á Cristo...

—¡Hombre! ¡hombre!

—Endispues una criá ladrona, como toas las de allí, robó á un pupilo de la casa y escondió la alhaja en mi cama, de mó y manera que cuando fué la justicia y la encontró entre mis colchones, me tomó á mi por ladrona y estuve á punto de haber ío á la carcel.

—¡Será posible!

—¡Ná! que allí toito el mundo, el que no es un tunante, es un ladrón, la que no es una perigalla es una alcahueta.

—¡Qué horror, Orosia, qué horror!

—Lo dicho. Solo hubo una persona fina, de vergüenza y considerá.

—¿Quién, quién?—preguntaron varios de los presentes deseosos de conocer tan *rara avis*.

—¡El cachetero!

EDGARDO DE AMARANTE.



NOTA BENE—La falta material de espacio y el deseo de que nuestros lectores saboreen íntegro el hermoso cuadro regional de nuestro querido compañero *Amarante*, nos impide, como en el número anterior, la publicación de la *Crónica regional* y las *Notas bibliográficas*, que irán en la primera ocasión que tengamos.—D. B.